ERNST JÜNGER

Los titanes venideros

Ideario último

Recogido por Antonio Gnoli
y Franco Volpi

PÁGINA INDÓMITA

Ernst Jünger (Heidelberg, 1895-Wilflingen, 1998), cultivador de la crónica, el ensayo y la novela, soldado en las dos grandes guerras, viajero, psiconauta y hombre de ciencia volcado hacia el estudio de la naturaleza, es una de las figuras más lúcidas y polémicas del siglo XX.

Tras pasar su infancia en Hannover, huye del hogar familiar en 1913 y se alista en la Legión Extranjera francesa. Voluntario en la Primera Guerra Mundial, narra su experiencia en *Tempestades de acero* (1920), obra que obtiene un éxito inmediato y le vale la fama. En 1923 comienza sus estudios de Ciencias Naturales, y a finales de la década se traslada a Berlín, donde colabora en publicaciones del movimiento revolucionario conservador. Aunque su producción escrita, en especial obras como *La movilización total* (1930) y *El trabajador* (1932), suscita el interés de los nacionalsocialistas, Jünger rechaza varias veces la oferta para ocupar un cargo parlamentario y les prohíbe usar su obra con fines propagandísticos. Publica *Sobre los acantilados de mármol* (1939), su respuesta al totalitarismo, y al estallar la Segunda Guerra Mundial es destinado al mando alemán en París, donde conoce a diversas personalidades de la cultura. La publicación de *Jardines y carreteras* (1942) le vale la censura por parte del régimen y, tras el atentado contra Hitler en 1944, el mando alemán de París, involucrado en los hechos, es disuelto, y Jünger licenciado del ejército. Para entonces ya ha comenzado a circular de forma clandestina *La paz,* que se publicará en 1946 fuera de Alemania, ya que inicialmente también el gobierno militar británico de la zona ocupada le prohíbe publicar. En la década de los 50 se traslada a Wilflingen, en la Alta Suabia, donde vivirá retirado hasta el final de sus días, compaginando la entomología y los viajes por Europa, Asia y África con su actividad como escritor, en la que destacan sus diarios.

LOS TITANES VENIDEROS

ERNST JÜNGER

LOS TITANES VENIDEROS

IDEARIO ÚLTIMO, RECOGIDO POR ANTONIO GNOLI Y FRANCO VOLPI

Traducción de Atilio Pentimalli

PÁGINA INDÓMITA

Editorial : Página indómita
Fecha de publicación : 1 enero 2016
Edición : Primera edición
Licencia: Creative Commons

ISBN-10 : 8494366475
ISBN-13 : 978-8494366475

ÍNDICE

Premisa	9
Primera conversación	15
Segunda conversación	35
Tercera conversación	95
Cronología	139

PREMISA

El 29 de marzo de 1995 Ernst Jünger cumplió 100 años. Desde hace tiempo vive apartado en la soledad de Wilflingen, en la Alta Suabia, sustrayéndose a la curiosidad de periodistas, admiradores, lectores y estudiosos de su obra. El único hilo que lo ata a muy pocos íntimos es un número de teléfono secreto.

Para su centenario se habían preparado en todas partes festejos y celebraciones. Helmut Kohl, François Mitterrand y Felipe González, que ya anteriormente lo habían visitado en Wilflingen, se proponían otorgarle los máximos galardones honoríficos de sus respectivos países. Pero Jünger, con discreción, siempre había dejado claro que no se proponía ir a ninguna parte. La perturbación que el jubileo amenazaba provocar en su ritmo de vida y de trabajo le preocupaba hasta tal extremo que habría preferido refugiarse en algún atolón perdido en los mares del Sur, aguardando la terminación de los festejos por su centenario. A los organismos de prensa y a las televisiones del mundo entero que le solicitaban entrevistas les había hecho saber que no concedería ninguna.

Hemos tenido la suerte de ser la excepción a esta regla. El motivo del privilegio que Jünger nos concedió se debe a la buena relación que se ha instaurado entre nosotros.

Nuestro primer encuentro se remonta unos años atrás, a la época de la preparación de *Sobre la línea,*[1] el breve volumen en que se reunieron por primera vez los textos de su controversia con Heidegger sobre el nihilismo, de la que incluso en Alemania solo existían ediciones por separado. Queríamos discutir directamente con él los detalles del texto, evocar las circunstancias de su redacción y reconstruir la relación con Heidegger. El recibimiento fue inmediatamente jovial. Gozábamos por anticipado de la consideración que Jünger ha tenido siempre hacia sus traductores:

> Con los traductores he sido particularmente afortunado. Que el autor y el traductor se hagan amigos es natural. Su encuentro conduce a un eros y a una lid espirituales, lleva a penetrar hasta el fondo en la exposición lingüística. Estar a su altura, dominarla mediante astucias, movimientos estratégicos, sorpresas, hasta que la consonancia deviene armonía: de tal forma puede nacer una nueva obra, en la que ambos toman parte. Por eso, en una traducción bien lograda, el autor se ve a sí mismo en una nueva dimensión.[2]

1. E. Jünger y M. Heidegger, *Oltre la linea,* Milán: Adelphi, 1989. (Hay trad. cast.: *Acerca del nihilismo: Sobre la línea. Hacia la pregunta del ser,* Barcelona, Paidós, 1994.)

Muy pronto, en aquella oportunidad, la conversación se deslizó desde *Sobre la línea* hacia otro tema: el «descubrimiento» de un inédito del viejo Schopenhauer en el que este impenitente pesimista metafísico, llegado ya al final de sus años, se redime de su pecado a lo largo de una «noche perturbada por la duda y por la incertidumbre». Jünger se había sentido atraído por ese texto y alude a él en *La tijera.*[3] En sus diarios evoca luego nuestro primer encuentro y la razón por la que le impactó aquella conversación sobre Schopenhauer.[4]

Hubo posteriormente una serie de visitas a Wilflingen y después un encuentro en El Escorial, en julio de 1995, donde, con ocasión de ser distinguido con el doctorado *honoris causa* de la Universidad Complutense de Madrid, Jünger permaneció durante una semana entera junto con algunos amigos.[5]

Las conversaciones que aquí presentamos se desarrollaron a lo largo de tres encuentros en Wilflingen, llevados a cabo ex profeso para la realización de este

2. E Jünger, *Post festum*, en *Sämtliche Werke*, vol. XVIII, Stuttgart, Klett-Cotta, 1983, p. 488.3. E. Jünger, *Die Schere*, Klett-Cotta, Stuttgart, 1990 (3.ª ed.), pp. 111-112. (Hay trad. cast.: *La tijera*, Barcelona, Tusquets, 1993.)

4. E. Jünger, *Siebzig verweht*, vol. IV, Stuttgart, Klett-Cotta, 1995, pp. 239-240, 243-444 y 446. (Hay trad. cast.: *Pasados los setenta*, vol. IV, Barcelona, Tusquets, 2011.)

5. *Cfr.* E. Jünger, *Siebzig verweht*, vol. V, Stuttgart, Klett-Cotta, 1997, p. 181. (Hay trad. cast.: *Pasados los setenta*, vol. V, Barcelona, Tusquets, 2015.)

libro-entrevista. El primero tuvo lugar el 9 de marzo de 1995, cuando era inminente su centenario, y una parte de la conversación se publicó entonces en el número del 12 de marzo de *La Repubblica.* En dicha ocasión, durante la tarde también realizamos, junto con Silvia Ronchey, Giuseppe Scaraffia y Marcello Staglieno, el documental para la televisión *Cent'anni di Ernst Jünger,* emitido por la RAI con motivo del centenario. El segundo encuentro y el tercero, acordados para el verano del mismo año, se desarrollaron durante el otoño siguiente, el 14 y el 15 de octubre. Alojados durante la noche junto al castillo de la cercana Sigmaringa, pasamos con Jünger y su esposa Liselotte dos intensas jornadas en su casa, frente al castillo de los Stauffenberg en Wilflingen, dejando sencillamente que este extraordinario testigo del siglo XX, que a estas alturas ha superado la vejez y ha ingresado en la edad de los patriarcas, nos relatase todo aquello que afloraba entre sus recuerdos y lo que aún se proponía hacer con «lo que queda del tiempo». Las conversaciones, por lo tanto, se han desarrollado según la marcha libre e imprevisible de la asociación, sin estar enjauladas en una serie de preguntas preparadas con anterioridad. Así las hemos dejado y ahora las publicamos, en la inmediatez de su frescura, como testimonio de la extraordinaria vitalidad y lucidez de este gran Solitario.

ANTONIO GNOLI, FRANCO VOLPI

PRIMERA CONVERSACIÓN

Desde 1950 Jünger vive en Wilflingen, un poblado de la Alta Suabia a pocos kilómetros de la Selva Negra y de Sigmaringa, la pequeña ciudad dominada por un castillo que fue la residencia del mariscal Pétain. Es el lugar en que Céline ambientó la novela *De un castillo a otro,* al evocar la tragedia que sepultó a los colaboracionistas. A un escritor difícilmente se le perdonan determinados juicios históricos. A Céline le ha ocurrido. Y le ha ocurrido a Jünger, que reiteradas veces ha sido objeto de ataques demoledores. A veces se utiliza el pasado como una lente de aumento que permite investigar los detalles morales de la vida de un hombre. Pero en el detalle se corre el riesgo de perder de vista la trama general de una existencia que a menudo es undívaga, contradictoria, sorprendente.

No sorprende, en cambio, la serenidad que envuelve Wilflingen. Hay una quietud que rechaza toda intrusión metropolitana: pocas cosas, pocos automóviles, pocas personas. Un orden invisible regula el silencio al que Jünger se retiró hace más de 40 años. Con ocasión

de su centenario, el ayuntamiento de Wilflingen, gobernado por una administración democristiana, ha decidido obsequiarle con un insólito regalo: a partir de ese día, electricidad, agua y gas le serán suministrados gratuitamente. Es la manera que ha escogido la pequeña comunidad, que cuenta con alrededor de cuatrocientas almas, para manifestarle su afecto. Se anuncian otras celebraciones: lloverán galardones honoríficos desde España, Francia e Italia, junto con Alemania los países en que más ha arraigado su pensamiento y más notable es la atención que se presta a su vida y a sus escritos. Durante los años pasados lo han visitado los grandes de Europa. Como si fuese un jefe de Estado, o más bien un símbolo de una Europa que acaso ya no existe y de la que Jünger es, en cierto sentido, testimonio extremo.

Hoy por hoy, el antiguo esteta y *flâneur,* aquel oficial del ejército alemán tan a sus anchas durante la ocupación en la versátil mundanidad parisiense, ha cedido el sitio a un patriarca curioso que parece observar el mundo con la mirada de un irónico entomólogo en riña con una nueva especie de insectos. Y es que entre las numerosas actividades que han marcado su existencia —ha cultivado la crónica, el ensayo, la novela, ha sido soldado en las dos grandes guerras, viajero— también se cuenta la de hombre de ciencia volcado hacia el mundo de la naturaleza para estudiar y catalogar algunas especies de coleópteros. La casa en la que vive, un edificio de dos plantas frente al castillo de los condes

Stauffenberg, atestigua esa actividad. Allí, en un umbrátil ambiente *Biedermeier*, Jünger exhibe sus colecciones de coleópteros junto con las de clepsidras, fósiles, caracolas y recuerdos de guerra. Es un mundo de taxonomías del pasado que él comparte con Liselotte, la mujer con la que se casó a principios de los años 60, tras la muerte de su primera esposa.

Ella es quien nos recibe cortésmente y nos acompaña hasta la primera planta, donde Jünger nos da la bienvenida con una sonrisa indefinida. Es pequeño, delgado, armonioso. De pie en la sala, nos tiende la mano para saludarnos. En una sucesión de gestos, sus dedos señalan primero los sitios donde sentarnos, después van a rozar sus cándidos cabellos, por último vuelven a caer a lo largo de la cadera con un rígido movimiento del brazo que parece evocar su pasado militar.

—Dentro de unos días cumplirá usted 100 años, y está considerado como el intérprete extraordinario de un siglo ecléctico y lleno de aventura, como eclécticas y aventureras han sido, en el fondo, su vida y su obra. ¿Qué impresión le produce haberlo atravesado por entero?

—Nací en 1895, el mismo año en que Röntgen descubre los rayos X y estalla el *affaire* Dreyfus. El descubrimiento de Röntgen da nacimiento al siglo de la técnica. Por primera vez se puede mirar en el interior de la

materia y observar aquello que el microscopio no permitía ver. Sin Röntgen no habríamos tenido el desarrollo de la investigación sobre el átomo, no se habría conseguido su escisión ni se habría podido pensar en la fisión atómica. Un pequeño gran gesto científico está, como pueden ver, en el origen de la modernidad de este siglo.

En cuanto a Dreyfus, se puede decir que lo que se desató alrededor de su caso marca de manera decisiva la historia de la democracia como una victoria de la opinión pública crítica contra las fuerzas conservadoras.

—¿De qué manera le han marcado estos dos acontecimientos, si se puede utilizar esta expresión?

—Digamos que se trata no tanto de asuntos en los que me haya interesado como del aire mismo que respiraba. Recuerdo que en las conversaciones con mis padres, durante las comidas, en los albores del nuevo siglo, esos dos asuntos eran los temas centrales. Se hablaba del caso Dreyfus y se discutía sobre los nuevos descubrimientos científicos, dado que mi padre era químico. Era inevitable que desde niño mirase con atención todo lo novedoso que ocurría, intuyendo y presagiando lo que acontecería a continuación. En aquel entonces reinaba un gran optimismo: se decía que este siglo sería el del Gran Progreso. Y lo que deterioró esa confianza no fue tanto la Primera Guerra Mundial como la segunda. El cambio esencial de nuestro siglo se ha produ-

cido precisamente a partir de su mitad, desde 1945 en adelante.

—Es singular esa manera suya de fechar. Normalmente se considera que la desconfianza ante la idea del progreso se manifestó a principios de los años 20, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. Y no es casual que precisamente Alemania, que había salido del conflicto derrotada, se convirtiese en una especie de guía espiritual que desarrolló una crítica muy pesimista acerca de los valores del progreso...

—En el plano filosófico y en el literario, en las grandes visiones de la historia y en el pronóstico sobre el futuro de la civilización, el tema del *Kulturpessimismus* había surgido ya con anterioridad y tuvo en Spengler su expresión más vigorosa y nítida. De la idea de un progreso lineal de la historia, que implica un desarrollo siempre creciente, él regresó a una configuración cíclica en la que el desarrollo no se prolonga infinitamente, sino que es una fase de la vida comprendida entre el nacimiento y la muerte.

Lo que esta visión de la historia y su *Kulturpessimismus* produjeron en nosotros no fue, sin embargo, una actitud crepuscular. Nosotros, los jóvenes, no nos podíamos permitir una *décadence* como la que a finales del siglo XIX se había permitido la generación francesa de Huysmans. La fatiga al anochecer es saludable, pero

antes del mediodía es preocupante. Además, era también una cuestión de carácter. Las visiones apocalípticas que suscitó el paso del cometa Halley en 1910, y más aún el naufragio del Titanic dos años después, en vez de tener un efecto deprimente encendieron nuestra fantasía. Nuestra actitud era la de quien quería reconocer con mirada desencantada la nueva realidad de la técnica y del trabajo y tomar parte en ella sin añoranzas nostálgicas ni proyecciones apocalípticas. En todo caso, prácticamente se trataba de volver a encontrar, en el mito o en la historia, una potencia que obrase como contrapeso del pesimismo. Tal como había dicho Nietzsche en *Ecce homo:* «Yo soy un *décadent:* pero también soy su antítesis».[1] En la hoguera del crepúsculo anunciado por Spengler lo que yo vi fue erguirse en toda su potencia la figura del trabajador. Fue la Segunda Guerra Mundial la que nos hizo descender a las profundidades del Maelstrom, al vórtice del nihilismo.

—¿Qué idea tiene del progreso?

—Para mí se trata de un antropomorfismo con el que el hombre moderno ha intentado leer la historia. Un sucedáneo de la idea del «espíritu del mundo». Hay que tomar distancia respecto de él y observar, más bien, el universo y su historia desde el punto de vista del prin-

1. F. Nietzsche, *Ecce homo,* Madrid, Alianza, 2005.

cipio de la conservación de la energía. La potencia del cosmos se mantiene siempre idéntica, no hay progreso ni regresión, aceleración o desaceleración que la puedan modificar. Lo que cambia son solamente las figuras, las formas que la historia, mejor dicho la tierra, produce intensamente desde su profundidad. El problema que aquí veo brotar es otro: ¿podemos considerar al hombre, esta aparición soberana en la historia del universo, como responsable de su evolución?

—Hemos mencionado la guerra, un tema tratado sobre todo en su primera producción escrita. ¿Qué efecto le causa hoy por hoy volver a pensar en ese asunto?

—Ante todo quiero precisar una cosa: para mí, el verdadero gran motivo de interés ha sido la técnica, cuya potencia se ha manifestado de manera impresionante en la guerra mundial de 1914-1918, la primera «guerra de materiales». Se trató de un conflicto profundamente distinto de todos los anteriores, porque el choque no se produjo solamente entre ejércitos, sino entre potencias industriales. Ante aquel escenario mi visión de la guerra asumió la forma de un activismo heroico. Naturalmente, no se trataba de simple militarismo, porque siempre, también en aquel entonces, he concebido mi vida como la vida de un lector antes que como la de un soldado.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que fue sobre todo la lectura de algunos libros lo que me ofreció motivos para la acción. Cuando, en cambio, he creído extraer esos motivos de la realidad, he quedado profundamente decepcionado. Quiero decir que para mí el heroísmo nacía más de una experiencia literaria que de una efectiva y concreta posibilidad de vida.

—Pero ¿qué nexo había entre los dos planos, entre la literatura y la vida?

—La realidad literaria, a diferencia de la vida concreta, estaba inevitablemente destinada a ser disuelta por la transformación tecnológica del mundo. De ahí mi intento de elevar la literatura a experiencia de vida antes de que se cumpliese definitivamente lo que Marx había previsto, es decir, que ya no sería posible concebir una *Ilíada* después del invento de la pólvora. Eso significa entender qué es lo que ocurre con la entrada de la técnica.

—¿La técnica es para usted una línea divisoria de las aguas tan importante como para resultar decisiva en la separación de mundos incluso literariamente diferentes?

—La técnica es la danza mágica que baila el mundo contemporáneo. Podemos tomar parte en las vibraciones y en las oscilaciones de este último solamente si en-

tendemos la técnica. De lo contrario quedamos fuera del juego.

—Volveremos sobre este asunto. Mientras tanto, para destacar algunos aspectos biográficos, hay que decir que ha sido usted considerado un héroe de la Gran Guerra, herido reiteradas veces y posteriormente premiado con la máxima condecoración, la «ordre pour le Mérite»...

—Me llevó al heroísmo la lectura del *Orlando furioso* de Ariosto. Aquellas palabras, aquellas rimas leídas durante las pausas entre un combate y otro fueron las que me motivaron. No así la retórica y la ideología bélicas que siguieron a nuestra victoria en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, cuya importancia había sobrevalorado exageradamente la generación de nuestros padres, cuando en realidad se había tratado de una guerra muy pequeña. Esa sobrevaloración se manifestó particularmente en la antítesis ideológica que contrapuso el noble espíritu prusiano y el espíritu mercantil inglés, fomentada por Guillermo II, que no soportaba a sus parientes del otro lado del canal de la Mancha. Se podría añadir, en este caso, que a Alemania le faltó un Shakespeare que supiese representar sus vicisitudes. Por otra parte, ¿cómo esperar la aparición de un Shakespeare si los personajes y actores de aquella fase de la historia alemana no fueron suficientemente grandes como para merecerlo...?

—¿Es siempre verdad que las grandes obras necesitan que haya grandes sucesos históricos?

—Los grandes sucesos siempre son literarios. La historia, con sus hechos, es un almacén repleto en el que cada cual puede coger lo que quiera.

—Lo que usted dice no hace sino confirmar qué importante ha sido, en sus elecciones, más que una ética cierta visión estética de la vida. ¿Cómo explica esta inclinación suya?

—Ver la relación entre ética y estética simplemente como una antítesis no es suficiente para mí. Más aún, conduce a una desviación. Por eso diría que ética y estética se encuentran y se tocan por lo menos en un punto: lo que es verdaderamente bello no puede no ser ético, y lo que es realmente ético no puede no ser bello.

—Pero esto, en el fondo, es el estilo. ¿Su visión del mundo está realmente caracterizada por el estilo?

—Eso espero. Y por la misma razón jamás he descendido ni descenderé al plano de las polémicas y de las controversias. Lo encuentro de pésimo gusto. Jamás hay que colocarse por debajo del propio nivel.

—¿Considera que todavía es posible salvaguardar

el estilo, ese gesto delicado y aristocrático, en un mundo que tiende a la despersonalización y a la manipulación del individuo?

—Definiría a la nuestra como una sociedad de individuos masificados que, por eso, necesita elites muy restringidas, destinadas a desarrollar una función importantísima. Sobre este extremo me atengo a la sentencia heraclítea que dice: «Uno solo es para mí como diez mil, si es el mejor».[2] Hoy por hoy ese número debería elevarse a potencia.

—¿En el sentido de que las elites habrían de ampliarse o restringirse en el futuro?

—En el sentido de que, cuanto más crece la masificación, mayores son el valor y la fuerza espiritual de los pocos capaces de evitarla.

—Estamos acostumbrados a pensar en las elites en términos más sociológicos que espirituales. ¿Usted cómo las definiría?

—La definición sociológica de elite es ya un indicio de la corrupción del concepto. Para mí, es una adver-

2. Giorgio Colli, *La sapienza greca*, vol. III, *Eraclito*, Milán, Adelphi, 1980, pp. 98-99.

tencia para no confiar ya ni siquiera en las elites, sino, a estas alturas, solamente en los grandes solitarios.

—*Mencionaba usted anteriormente su elección de no rebajarse jamás a polemizar. Sin embargo, frecuentemente ha estado implicado en polémicas. Sobre todo por su pasado en el ejército alemán, pasado que más de un crítico le reprocha a causa de la indulgencia con que habría tolerado usted al régimen nazi. Hay además un episodio del que nos gustaría tener su versión. Cuando apareció su novela* Sobre los acantilados de mármol, *en la que se debatía la idea del tiranicidio, corrió usted algunos riesgos. Goebbels y Göring querían su cabeza, pero Hitler dijo: «Jünger no se toca».*

—Las polémicas no tienen la misma densidad que las ideas. No se trata de estar a su altura contestando a tono, porque no hay tono sino solamente ruido. Por lo que atañe a Hitler, el asunto fue así: no había transcurrido ni una semana desde que *Sobre los acantilados de mármol* había aparecido en las librerías, cuando el *Reichsleiter* de Hannover, un tal Bouhler, se quejó ante Berlín convencido de que el libro incitaba al complot. Hitler, que estimaba mis diarios de la Primera Guerra Mundial, sentenció que debían dejarme en paz. En más de una ocasión había emitido señales de amistad y manifestado interés por mi persona. Pero no me dejé halagar por aquellos ofrecimientos. Hubiera sido hasta de-

masiado fácil instrumentalizarlos para obtener de ellos alguna ventaja personal. No habría sido necesario un gran esfuerzo para obrar como Göring. Aunque creo que un autor debería respetar la regla de no hablar jamás de sus propios libros, quisiera añadir que en el caso de *Sobre los acantilados de mármol* el efecto político era para mí secundario. Algunos amigos me han reprochado el haber disminuido dicho efecto, que para muchos fue en cambio el más importante. Pero prefiero llamar la atención sobre el hecho de que en aquella ocasión me puse en otro plano. En el fondo está claro que si mi actitud se hubiese convertido en una toma de posición política, tal vez habría encontrado compañeros y secuaces, pero me habría rebajado al mismo nivel de Hitler. He sido un opositor suyo, pero no un opositor político. Sencillamente, estaba en otra dimensión.

—¿Lo conoció usted personalmente?

—No, nunca llegué a conocerlo. Cuando él todavía era el anónimo jefe de un grupúsculo como el de los nacional-bolcheviques de Niekisch —por entonces yo todavía vivía en Leipzig—, cierto día, debió de ser en 1926, se hizo anunciar por Hess, pero no tuve tiempo para recibirlo. Por otra parte, yo estaba convencido de que se trataba de uno de los muchos e insignificantes sectarios que circulaban por aquel entonces. A Dios gracias, aquel encuentro no tuvo lugar. Si por casualidad se hubiese

producido y acaso Hitler me hubiese apoyado una mano sobre el hombro mientras alguien nos inmortalizaba, me imagino que la fotografía habría dado la vuelta al mundo. Afortunadamente las cosas fueron de otro modo.

—Hannah Arendt afirmó que usted estuvo siempre del lado de la Resistencia a pesar de que sus libros hubiesen tenido influencia sobre la elite nazi.

—Tengo presente aquel reconocimiento, que naturalmente me halaga.[3] Pero personalmente, habiendo visto y vivido lo que ocurrió antes y después, experimento cierta alergia respecto al uso indiscriminado de la palabra «resistencia». Sin contar con que la resistencia espiritual no es suficiente. Hay que contraatacar.

3. Dicho reconocimiento figura en un informe que Hannah Arendt redactó por encargo de la Commission on European Jewish Cultural Reconstruction: «Los diarios de guerra de Ernst Jünger ofrecen tal vez el mejor ejemplo, y el más transparente, de las inmensas dificultades a que se expone un individuo cuando quiere conservar intactos sus valores y su concepto de la verdad en un mundo en que verdad y moral han perdido toda expresión reconocible. A pesar de la innegable influencia que los primeros trabajos de Jünger han ejercido sobre ciertos miembros de la intelectualidad nazi, él fue, desde el primer hasta el último día del régimen, un activo opositor al nazismo, demostrando con ello que el concepto del honor, algo anticuado pero difundido antaño entre el cuerpo de oficiales prusianos, era completamente suficiente para motivar una resistencia individual» (H. Arendt, *Besuch in Deutschland*, Berlín, Rotbuch, 1993, p. 47).

—¿Nos está diciendo que siente algún arrepentimiento por aquello que no ha hecho?

—Compruebo que contra un régimen cruel y feroz al final importa también la manera de enfrentarnos a él.

—¿Llegó a conocer a Hannah Arendt?

—No, nunca nos encontramos. Heidegger me habló de ella a menudo.

—Con Heidegger y con Carl Schmitt usted ha compartido cierto destino. ¿Qué recuerdo tiene de ellos?

—Tengo un recuerdo no solamente literario, sino también personal, privado. Fui amigo de ambos. Me encontré con Heidegger muchas veces e incluso fui a visitarlo a su casa de montaña en Todtnauberg. A estas alturas es necesario estar en condiciones de dar un juicio objetivo sobre él. Quiero decir que de lo que se trata es de evaluar al pensador por su potencia especulativa y no por sus opiniones políticas. Lo mismo es válido para un artista o un poeta. Por ejemplo, admiro muchísimo a Heinrich Heine como poeta, al tiempo que no comparto para nada sus convicciones políticas: entre ambas perspectivas es preferible adoptar la más favorable.

Con Carl Schmitt tuve una relación incluso más estrecha, muy personal. Entre otras cosas, fue el pa-

drino de mi hijo Alexander, de quien hoy sería el cumpleaños.[4]

—Volveremos a este asunto. Pero, a propósito de la política, en Italia se discute encarnizadamente sobre la «derecha» y la «izquierda». ¿Qué piensa usted de estas dos categorías?

—Actualmente son ya categorías orgánicas, como las partes del cuerpo. Piensen por ejemplo en las manos: ambas son indispensables. Es obvio que cada una existe en función de la otra. Desde este punto de vista, por lo tanto, la «derecha» y la «izquierda» son igualmente necesarias. Lo que me pareció claro desde las convulsiones de la República de Weimar es que ya no se sostiene la tradicional representación espacial del significado político de estas dos categorías, según la imagen de un parlamento en el que la derecha se instala en un lado y la izquierda en el otro. Y esto es aún más válido hoy por hoy, en la edad de la técnica y de las comunicaciones de masas. Personalmente, de todas maneras, me considero más allá de tal esquema, que ha llenado anaqueles de ideología.

4. Nacido en 1934, su hijo Alexander se quitó la vida en 1993 (tras sufrir una parálisis parcial como secuela de un accidente) y ahora está enterrado en el cementerio de Wilflingen, donde también yace la primera esposa de Jünger.

—A propósito de la técnica y de la comunicación de masas: además del invento de los rayos X, el año de su nacimiento fue también el de la invención del cine. ¿Qué idea tiene acerca de este arte tan popular en nuestro siglo?

—Me gusta imaginar el cine como algo que atañe a la relación entre técnica y magia. Una relación toda ella por investigar, incluso en el aspecto del público. Me pregunto si el cine ha sustituido, siquiera parcialmente, a la novela, y qué efectos ha producido esta sustitución. Aunque el público que va al cine, precisamente porque es vasto y anónimo, no coincide exactamente con el público lector.

—Ha mencionado la magia en relación con la técnica: es una hermosa definición del cine.

—A menudo la técnica tiene algo de asombroso. Es cómico, pero a veces, mientras hablo con alguien por teléfono, todavía tengo la sensación de llevar a cabo no solamente un acto posibilitado por la técnica, sino también algo que es mágico. Lo mismo vale para el cine y el teléfono, pero también para otras cosas. Podemos grabar nuestra conversación, filmarla, y de tal suerte hacerla revivir dentro de 100 años, acaso desde un punto de vista diferente. Una filmación nos da la oportunidad de resucitar a personas desaparecidas, de las que se han

perdido el recuerdo, la presencia física, la voz, el gesto. Creo que este efecto, que yo llamo mágico, está destinado a emerger de una manera aún más impresionante: ya se está hablando de realidad virtual, de cuarta dimensión. El pensamiento mismo se digitaliza.

—¿Y por lo que atañe a la televisión?

—También esta tiene un significado mágico. Y, entendámonos, dicho aspecto propio de la brujería no se debe a la actitud de un hombre primitivo ante un suceso sorprendente y desconocido. A través de la televisión podemos dar vida a una realidad que no está presente ante nosotros. Espero que pronto se puedan tener imágenes televisivas en tres dimensiones. Su carácter mágico se vería así potenciado.

—Esto en lo que se refiere al futuro. ¿Cómo imagina usted, por lo tanto, el próximo siglo?

—No tengo una idea demasiado feliz y positiva. Por decirlo con una imagen, quisiera citar a Hölderlin, que en «Pan y vino» escribió que vendrá la edad de los titanes. En esta edad venidera el poeta deberá aletargarse. Los actos serán más importantes que la poesía que los canta y que el pensamiento que los refleja. Será una edad muy propicia para la técnica, pero desfavorable para el espíritu y para la cultura.

SEGUNDA CONVERSACIÓN

Estamos ya en pleno otoño. Hemos regresado a Wilflingen con la intención de permanecer aquí el tiempo que haga falta para llevar a cabo la entrevista. Por teléfono nos hemos puesto de acuerdo sobre los últimos detalles, y cuando llegamos Jünger ya está en la sala esperándonos. Mientras Liselotte nos atiende y nos dispone en la mesa según el orden habitual para los huéspedes, intercambiamos las primeras palabras. El vino de buena cosecha que hemos traído suscita en Jünger un vivo interés: acaricia la botella como un experto y se encarga de que la coloquen bien en su bodega. Afuera el tiempo es gris y sombrío, pero, para compensar, la conversación se anima poco a poco y caldea la atmósfera. Durante los meses que han pasado nos hemos preparado para la nueva entrevista y hemos puesto a punto una serie de preguntas que hasta el último momento han sido sometidas a añadidos y reelaboraciones. La noche anterior discutimos los últimos detalles en una posada de campo donde nos alojábamos, entre Tubinga y Wilflingen. Nuestro temario, puesto a prueba ante los hechos, re-

vela ser un empeño superfluo: son suficientes unas pocas insinuaciones y Jünger da rienda suelta a sus recuerdos, que se superponen y se desbordan desde la memoria, en una conversación que a duras penas ordenamos.

—*Usted ha frecuentado a múltiples y muy heterogéneas personalidades. Gracias al precoz éxito de* Tempestades de acero *se le abrieron las más diversas puertas, incluso las que para otros resultaban inaccesibles. Entre sus primeros encuentros importantes, por ejemplo, se destaca el que tuvo con Alfred Kubin. ¿Cómo lo conoció?*

—Durante la Primera Guerra Mundial, en 1914, tuve ocasión de ver un dibujo suyo a pluma que se titulaba *La guerra,* que me causó un gran impacto. Un par de años después, cuando volvía de un permiso y me dirigía al frente, me detuve en Cambrai para pasar la noche. Era ya tarde, y, no sabiendo qué hacer, entré en la librería militar, que todavía estaba abierta. Allí, revolviendo entre los libros —más bien escasos, a decir verdad— cayó en mis manos la novela fantástica de Kubin *La otra parte*. Empecé a hojearla y vi que contenía numerosas ilustraciones del autor. La compré y recuerdo haber pasado la noche entera despierto, leyendo ávidamente el relato de las vicisitudes de Perla, la capital de un reino imaginario cuya ruina describe Kubin. En Perla no se ven el sol, la luna ni las estrellas, todo está

cubierto por una grisura permanente. Lo gobierna el soberano Patera, quien, aun inaccesible, retirado en su palacio, está presente con su espíritu en todos los rincones del reino. Entonces llega a la ciudad Hercules Bell, un rico americano que desata una lucha para destronar a Patera. El conflicto entre ellos, en el que está simbolizada la antítesis entre la pulsión de muerte y la voluntad de vivir —las dos fuerzas fundamentales de la existencia— causa la ruina de Perla, que Kubin describe con tonos sombríos, apocalípticos, inspirándose en el célebre cuadro de Brueghel el Viejo, *La torre de Babel*. Me resultó una clave fantástica para comprender el crepúsculo de un mundo perdido para siempre, el mundo feliz de la vieja Austria y de la burguesía guillermina. Quedé fascinado e impresionado, hasta tal extremo que escribí un breve poema dedicado a Kubin y se lo envié.[1] A él le gustó, y así iniciamos una correspondencia que se volvió asidua y prosiguió durante décadas. Naturalmente, nació también el deseo de conocernos personalmente, y en determinado momento fui a visitarlo. Si mal no recuerdo, fue en otoño de 1937.

—¿Qué impresión le causó cuando lo conoció en carne y hueso?

1. En su juventud Jünger tuvo la afición de componer poesías expresionistas que posteriormente destruyó. La dedicada a Kubin, de 1921, es una de las pocas que se han conservado, gracias al destinatario.

—Acudió a buscarme a la estación ferroviaria más próxima al pequeño castillo en el que él vivía. Durante el viaje me había sentido tenso, imaginando el momento mágico del encuentro. Él era más corpulento de lo que yo suponía. Por su parte, se sorprendió al ver mi flacura, dado que me había imaginado como uno de aquellos caballeros larguiruchos de la corte del rey Arturo. Kubin era un hombre extraordinariamente sensible, amaba las comodidades de la vida y consideraba que el matriarcado era la mejor forma de organización de la convivencia social. En su casa, al encontrarse ausente su esposa, nos atendieron durante todo el tiempo dos criadas, que se ocuparon de nosotros. Tuve la sensación de que Kubin vivía aislado en su morada como un gusano de seda que se recluye en su capullo. Por la noche seguimos en compañía, y, entre copa y copa de champán, Kubin me contó los sueños y fantasías que le asaltaban. El encuentro personal me permitió comprender mejor la atmósfera de la novela *La otra parte*, mucho mejor de lo que lo había hecho en la reseña que yo había escrito para la revista *Der Winderstand* (La Resistencia), de Niekisch. Considero que Kubin ha sido, después de E. T. A. Hoffmann, el más grande autor de literatura fantástica en lengua alemana. En un breve ensayo, *Die Staubdämonen* (Los demonios del polvo), escribí acerca de la influencia que su obra tuvo sobre mí.

—¿Cuál fue la actitud de Kubin hacia usted?

—Enseguida nos entendimos. Me regaló un ejemplar de su novela, en el que escribió como dedicatoria un breve poema:

Wenn Deine Seele, Dein. Herz erschrickt
vor Abgründen, die kein Auge erblickt,
springe hinab, gesegnet Dein Fall,
Wahrheit umgibt Dich dann überall.
[Si tu alma y tu corazón se asustan
ante abismos que jamás ojo alguno ha escrutado,
arrójate, tu caída será bendecida
y por doquier te abrazará la verdad.]

Menciono el poema en la edición de nuestro intercambio epistolar.[2] Después nos mantuvimos en contacto y nos vimos en otras ocasiones. Recuerdo que durante el nazismo, en cierta ocasión en que lo visité, Kubin me mostró una fotografía en la que se podía ver una manifestación masiva con miles de personas que aclamaban a un orador. Los participantes se veían tan minúsculos que parecían no tener rostro. Me dijo: «Aquí se podrían pegar, una al lado de la otra, muchas otras copias de la misma foto, hasta el infinito...». En los años 40 Kubin ilustró una edición de mi crónica del viaje a Noruega junto con Hugo Fischer: *Myrdun. Briefe aus Norwegen* (Myrdun. Cartas desde Noruega).

2. E. Jünger y A. Kubin, *Eine Begegnung*, Berlín, Propyläen, 1975.

—Durante el breve pero intenso periodo de la República de Weimar usted se alineó con los adversarios de dicha República, pero los ambientes que frecuentaba no parecían conocer distinción entre derecha e izquierda. Tuvo usted una relación muy intensa con Ernst Niekisch, un personaje importante en aquel entonces, cabecilla del movimiento nacional-bolchevique, cuyo programa político es tal vez la expresión más significativa del intento de hallar una tercera vía, más allá de la derecha y la izquierda tradicionales...

—Sí, mantuve un estrecho contacto con Niekisch. Mi hermano y yo escribíamos para su revista, *Der Widerstand*, que se fundó durante la República de Weimar y continuó activa durante algún tiempo incluso después del ascenso al poder de los nacionalsocialistas. «La Resistencia» era precisamente el nombre justo: Niekisch, cuya intransigencia era directamente proporcional a la dificultad de definir su programa político, encarnaba verdaderamente un *ethos* de la resistencia. En mi opinión, aquel título se adaptaba bien a la situación y a las dificultades del momento. ¿Contra quién o contra qué cosas era necesario resistir? Contra la República de Weimar, contra el *Diktat* de Versalles, contra la burguesía, contra el mundo occidental y sus imperativos económicos y capitalistas. Y para él, el mundo occidental estaba representado por Inglaterra, con su espíritu mercantil y colonialista, por París, con las reparaciones de guerra

impuestas a Alemania, por el catolicismo y por la socialdemocracia alemana. Niekisch admiraba en cambio el alma rusa y el orden prusiano, con su sentido del Estado y su ejército popular. En su programa político quería fusionar los principios del prusianismo y los del bolchevismo. Sus modelos eran Ranke como historiador y Hegel como filósofo. Prefería a Kant antes que a Nietzsche y Schopenhauer, pero encontraba interesante sobre todo a Spengler. Esto es suficiente para entender qué difícil es reducir su pensamiento y su proyecto político a un denominador común.

En cierta ocasión, a principios de los años 30, fui a visitarlo, junto con Carl Schmitt y Arnolt Bronnen, a su casa en Berlín, y él, lleno de orgullo, nos mostró las galeradas de su libro a punto de aparecer: *Hitler, ein deutsches Verhängnis* (Hitler, una calamidad alemana).[3] Publicar una obra de esa clase era un acto temerario, por no decir suicida. Le comenté que, frente a un rinoceronte enfurecido que carga, tal vez sea preferible esquivarlo a oponerle resistencia. Los tres amigos le aconsejamos que emigrase. Él repuso que en la carga de un rinoceronte no están en juego los principios morales. En la lucha política, en cambio, está en juego el hombre, y entonces es necesario resistir en nombre de la moral.

3. El libro lo editó en Berlín, en 1932, Widerstandverlag, la editorial de Niekisch, con ilustraciones de un artista de su entorno, Andreas Paul Weber, que también fue detenido y encarcelado por los nacionalsocialistas.

—*Su colaboración con Niekisch se remonta a la época en que usted maduró las ideas que después expuso en* El trabajador...

—Cuando publiqué ese libro, Niekisch se contó entre los que tuvieron una impresión más favorable. De hecho, se mostró entusiasta. En su revista aparecieron varios comentarios, tomas de posición y debates. Después de su detención, condena y encarcelamiento en 1937, mantuve contacto con él a través de su familia. Durante largo tiempo, seguí confiando en que, una vez fuera de la cárcel, Niekisch pudiese volver a asumir su compromiso político y promover la causa nacionalista. Pero, lamentablemente, los años en prisión minaron su salud. Enfermó de gravedad y no recobró las energías necesarias. No consiguió ya recuperarse verdaderamente.

De todos modos, Niekisch[4] fue uno de los pocos que comprendieron enseguida el sentido que yo había querido dar a la figura del trabajador. Me importa reconocerlo porque incluso mentes muy agudas, como Spengler y Carl Schmitt, no me habían comprendido, es más, habían tergiversado mis intenciones. Spengler y Schmitt no aceptaron mis tesis porque creían que había querido cantar las loas del proletario. En cambio, yo

4. *Cfr.* Ernst Niekisch, «Die Gestalt des Arbeiters», en *Antaios*, VI, 1965; ahora en *Über Ernst Jünger*, al cuidado de Hubert Arbogast, Stuttgart, Klett-Cotta, 1995, pp. 79-86.

veía al trabajador como una especie de figura prometeica, ciertamente no como un proletario. Niekisch comprendió esto enseguida. Es decir, se dio cuenta de que, lejos de querer hacer propaganda para un nuevo partido, yo simplemente había descrito la nueva realidad no ya en los términos empíricos con los que la sociología describe un nuevo ordenamiento, sino concentrándome en la figura y en los rasgos esenciales del trabajador. Para mí se trata, por lo tanto, de una forma que posee un carácter casi metafísico, tal como es metafísica la idea de la *Urpflanze* de Goethe. En su artículo sobre *El trabajador,* Niekisch propuso esta asociación.

—En aquel periodo, en Berlín, usted se comprometió incluso políticamente. Sus escritos de juventud y sus publicaciones se citan a menudo como una de las fuentes en que bebió y se inspiró la revolución conservadora.

—Probablemente son más su expresión que su inspiración. En cualquier caso, atestiguan mi convicción, de entonces y de siempre, de que para ser conservadores en sentido elevado, es decir, en el verdadero y propio sentido de la palabra, no basta con vivir simplemente de herencias, con conservar lo que ya se posee. Actualmente, los críticos me recuerdan a menudo esos escritos. E incluso me lo reprochan. Llama la atención que se aferren a aquellos breves textos ocasionales, redactados hace más de medio siglo, en lugar de hacerlo a todo lo

que he escrito posteriormente. De todos modos, también me reconozco en aquellos textos, porque en el fondo atestiguan una determinada fase de mi vida. Pero estoy convencido de que tienen el mismo carácter que los periódicos: son interesantes solo si se leen el mismo día en que aparecen. O se vuelven interesantes cien años después.

—Entre las fotografías que tiene usted en esta sala donde estamos conversando se reconoce la de Ernst von Salomon. ¿Qué recuerdo tiene de ese inquietante personaje?

—Entré en contacto con él cuando salió de la cárcel, después del atentado contra Rathenau. Era una personalidad fuerte, subrayada por un aspecto físico corpulento. Tras la guerra, cuando venía a visitarme sin su esposa —la única que intentaba moderarlo en la comida y la bebida—, se levantaba por la mañana e iba directamente al frigorífico para atiborrarse de pan y mantequilla. En cierta ocasión, me dijo que le gustaría morir emborrachándose a medianoche del fin de año de 1999, saludando de esa manera la llegada del nuevo milenio. ¡Ay, su intemperancia le ha impedido llegar a esa fecha!

—¿Qué relación tuvo usted con Arthur Moeller van den Bruck, el principal teórico de la revolución conservadora?

—No tuve relaciones personales con él. Naturalmente, seguía sus actividades. Lo que él decía y hacía era con frecuencia objeto de debate y atraía nuestra atención. Lo mismo ocurrió con su libro *Das Dritte Reich* (El Tercer Reich). Pero nunca tuve la oportunidad de encontrarme con él. Y poco antes de que yo me trasladase a Berlín, donde él vivía y donde probablemente habríamos podido conocernos, tomó la trágica decisión de suicidarse.

—A aquel periodo se remonta un episodio que se ha hecho célebre por la reseña que de él hizo Mitscherlich...

—Ah, sí, el episodio de la manifestación en Berlín. Hubo un choque entre miembros de las SA y obreros, e intervino la policía. A mí me interesaba observar la escena, de manera que me guarecí en el zaguán de un edificio. Mitscherlich, que veía en mí al héroe de la gran guerra, condecorado con la orden «Pour le Mérite», escribió en sus diarios que mi comportamiento le había decepcionado, y me acusaba de cobardía.[5] Pero aquella

5. «Una tarde se desató en Neukölln (Berlín) una auténtica batalla callejera. La policía utilizó los *Panzer* e hizo disparos de ametralladora al aire. Yo había ido a contemplar el espectáculo junto con Ernst y Friedrich Georg Jünger, y estaba a punto de meterme entre los que combatían cuando vi que, al acercarse un *Panzer*, Ernst se largaba a toda velocidad para refugiarse en el zaguán de un edificio. Era una conducta que no correspondía a un condecorado "Pour le Mérite". Empecé a despreciarlo. Protegerme de la policía

no era una guerra, y dejarse apalear por la policía y por los manifestantes no habría sido un acto de valentía, sino de estupidez.

—Entre quienes han influido en la formación de sus ideas, hay también figuras que hoy por hoy resultan desconocidas para la mayoría, como el filósofo Hugo Fischer. ¿Qué recuerdo tiene de él?

—Lo conocí en los años 20, durante mis estudios universitarios. Me había matriculado en la Universidad de Leipzig para estudiar Ciencias Naturales, especialmente Zoología y Filosofía. Fischer, que era un par de años más joven que yo, estudiaba Filosofía como asignatura principal. Seguíamos las clases de Felix Krüger, que era al mismo tiempo filósofo y psicólogo, y que con sus estudios sobre el concepto de «estructura» promovió el desarrollo de la Psicología de la *Gestalt.* Pero nuestro filósofo favorito era Schopenhauer. Entre Hugo Fischer y yo, y entre nuestras consortes, se estableció una relación de amistad. También hicimos juntos algunos viajes, especialmente uno a Sicilia en 1929, del que escribí en *Aus der Goldenen Muschel* (Desde la Cuenca de Oro),[6] y otro a Noruega durante el verano de 1935:

---

en el portal de una casa era algo que yo sabía hacer incluso solo» (Alexander Mitscherlich, *Ein Leben für die Psychoanalyse*, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1980, p. 86).

6. «Cuenca de Oro» (en italiano Conca d'Oro) es el tradicional

allí vivía una pareja de amigos de Fischer, y juntos los visitamos, quedándonos de vacaciones un par de meses. Nuestra principal ocupación era la pesca, entretenimiento al que nos dedicábamos con gusto. Utilizábamos una red especial, de mallas amplias que después se estrechaban, con la que capturábamos sobre todo salmones.

—Aparte de la relación de amistad, ¿influyó Fischer sobre usted también como filósofo?

—Claro que sí. Pero lo que me estimuló en el plano filosófico e intelectual, más que sus libros, fueron las largas conversaciones que mantuvimos. He descrito libremente algunos rasgos de su personalidad en la figura del Nigromontano, en *El corazón aventurero*, y en la del mago Schwarzenberg en el relato *Visita a Godenholm.* En cuanto a sus libros, eran tal concentrado de pensamiento que, encerrándolos en una imagen, los definí como «caviar petrificado». Quería decir que eran ricos en intuiciones filosóficas profundas, pero Fischer las expresaba con un lenguaje arduo y de difícil comprensión. Entre otras cosas, se había ocupado de la psicología del acto de la creación metafísica y de la correspondiente experiencia vivida, y entre los filósofos que más había estudiado se contaban Nietzsche y Marx. Al

---

apodo de Palermo y sus plantaciones de naranjales. *(N. del T.)*

principio tuvo una carrera difícil, como profesor contratado con solo medio sueldo, creo que porque había publicado un trabajo sobre Lenin. Eran dificultades que no lograba comprender. Cierto día me dijo: «¿Qué tiene de malo escribir un libro acerca de un ruso, y muerto por añadidura?». Tenía escaso sentido de la realidad. A menudo y de buena gana se distraía, completamente absorto en sus pensamientos, según la mejor tradición del «profesor alemán». Yo lo llamaba «Magister». Estaba muy dotado para los idiomas, que en breve lapso lograba hablar correctamente. De Noruega emigró a Inglaterra. Después lo nombraron profesor en la India. Tras la guerra su interés se centró cada vez más en la distinción entre cultura y civilización, argumento sobre el que publicó varios estudios. En un ensayo político, *Wer soll der Herr der Erde sein?* (¿Quién será el señor de la tierra?), manifiesta posiciones políticas nacional-bolcheviques próximas a las de Niekisch.

—Más tarde fue usted amigo de otro pensador actualmente olvidado, Gerhard Nebel, que tuvo cierto papel en la cultura alemana después de la guerra...

—Sí, también Gerhard Nebel era una personalidad muy brillante. Poseía una memoria y una capacidad de aprendizaje extraordinarias. Tuvimos ocasión de conversar sobre todo durante mi estancia en París, donde también estaba él. Había estudiado filosofía con Jaspers

y con Heidegger y se había dedicado al estudio de la antigüedad clásica, especialmente de la mitología griega. Después de la guerra publicó varios libros sobre este tema —sobre Homero, sobre Píndaro y lo délfico, sobre Sócrates—, convencido de poder conciliar a los dioses de Grecia con los de los germanos y con el cristianismo.

—Usted tuvo relaciones personales también con intelectuales que después se vieron forzados a emigrar. Entre estos hay una figura interesante, aunque actualmente olvidada: la del rumano Valeriu Marcu. ¿Qué nos puede decir acerca de él?

—Sí, conocí personalmente a Valeriu Marcu. Nos encontramos en Berlín, en casa de Arnolt Bronnen. Entre sus cualidades había una que descollaba sobre las demás: su inteligencia fuera de lo común. Cuando apenas contaba 16 años, había ido «en peregrinación» a Zúrich para conocer a Lenin, sobre quien posteriormente escribió un libro, y a continuación participó activamente en la revolución húngara al lado de Béla Kun. Recuerdo que cuando le conocí se estaba interesando por el problema de los nacionalismos, particularmente el prusiano, y que después se lanzó de cabeza al proyecto de un libro sobre la persecución de los judíos en España y Portugal.[7] Nos hicimos bastante amigos. Cuando em-

7. Valeriu Marcu, *Die Vertreibung der Juden aus Spanien,*

pezó a tener dificultades por el hecho de ser judío, le escribí que en caso de necesidad podría contar conmigo, y que si así lo quería podría quedarse en mi casa. Me contestó con una hermosa carta: «Todo aquello que pueda repartirse, todo lo que me pertenece, de hoy en adelante es a medias también tuyo». Afortunadamente logró emigrar a Francia, cerca de la frontera con España, y tras varias peripecias en Estados Unidos llegó a Nueva York, donde murió en 1941. Todavía en la actualidad intercambio de vez en cuando alguna carta con su esposa Eva. En mi novela *El problema de Aladino* he querido evocar los rasgos de su personalidad en el personaje de Sigi Jersson.

—Entre las figuras que marcaron aquel periodo se cuenta también Walter Benjamin, intelectual original que, aunque próximo a las posiciones marxistas de la Escuela de Fráncfort, se interesó por el pensamiento político de Carl Schmitt y no vaciló en ponerse en contacto con él. En la edición póstuma de su epistolario, publicada por Suhrkamp, la carta de Benjamin a Carl Schmitt fue omitida, al parecer por voluntad de Adorno...

—Sí, sabía lo de Benjamin. Durante la guerra me encontraba en el sur de Francia, en Bourges, donde ha-

---

Ámsterdam, Querido, 1934 (con un epílogo de Andrei Corbea, Múnich, Matthes & Seitz, 1991).

bían sido capturados unos alemanes emigrados que fueron internados en un campo de prisioneros. Aunque formaba parte del ejército, tuve posibilidad de ayudar a más de uno de ellos. También sabía lo de Benjamin, pero él había logrado huir de Bourges en dirección a España, atravesando los Pirineos. Llegó después la noticia de que se había suicidado en Portbou. Pero también es posible que lo mataran.

—¿Plantea usted alguna sospecha acerca de la forma en que murió?

—Digo sencillamente que no hay elementos seguros que aclaren definitivamente si se dio muerte por estar desesperado o si lo mataron. De todos modos, no he profundizado personalmente en esta cuestión, como no he estudiado a fondo su obra, por ejemplo sus tesis de filosofía de la historia. Sobre este extremo, el de la historia y su interpretación, para mí el pensador decisivo ha sido Spengler.

—Volveremos sobre Spengler. Ahora nos gustaría preguntarle por Max Weber, quien en aquellos años fue una figura importante para muchos intelectuales...

—Si mal no recuerdo, en mi archivo debería tener una carta que me dirigió...

—¿A qué periodo se remonta?

—Debió de ser en 1920, en la época de la publicación de *Tempestades de acero*. Por entonces su nombre circulaba por todas partes, y el año anterior, invitado por una asociación de estudiantes entre los que se contaba Karl Löwith, había ofrecido en Múnich sus dos célebres conferencias sobre la ciencia y sobre la política como profesión. De todos modos, no llegué a conocerlo. Jugó un papel importante en la vida cultural y en el debate político de aquel entonces. Sin embargo, no habiéndolo conocido personalmente, tengo una vaga imagen de él.

—¿Cuál es la personalidad de aquella época con la que se ha sentido en mayor sintonía?

—Ciertamente, Carl Schmitt. Tal como ya les he dicho, fuimos verdaderos amigos, y desde que nos conocimos mantuvimos, a lo largo de los años, un contacto casi constante, sin interrupción. Incluso durante la guerra, cuando yo estaba en París y él en Berlín, nos escribíamos con frecuencia, intercambiando impresiones sobre nuestras lecturas y enviándonos libros. Su mujer Duschka y mi mujer Gretha, a su vez, eran amigas. Entre otras cosas, Carl Schmitt fue padrino de mi segundogénito, Alexander, y vino con frecuencia a visitarme aquí, en Wilflingen.

—¿Cómo nació la relación entre ustedes?

—Entramos en contacto cuando yo ya me había domiciliado en Berlín. Cierto día, Carl Schmitt acudió a mi casa y enseguida se estableció entre nosotros un diálogo muy profundo y fructífero que prosiguió de por vida. Tal como decía, durante la Segunda Guerra Mundial a menudo me escribía a París, donde yo me hallaba, e incluso fue a visitarme. Hay una fotografía que se ha hecho célebre, en la que está documentado un momento de nuestro encuentro de octubre de 1941: estamos en una barca, en el lago de Rambouillet, vueltos el uno hacia el otro con aire pensativo. En aquella ocasión hablamos largamente también de la situación política y de la guerra. Sentíamos ambos una especie de extrañamiento e indiferencia —si no de escepticismo— hacia el régimen nacionalsocialista y hacia el conflicto mundial que se estaba desarrollando. Sobre esto, casi sin necesidad de hablar, había un acuerdo tácito. Pero hablamos largamente también de otras cosas, especialmente de filosofía y de literatura, de Poe, Léon Bloy, Tocqueville, de *Moby Dick* y del trasfondo metafísico, cosmológico de esta novela, que Carl Schmitt había leído muy apasionadamente y por la que se había dejado inspirar durante la redacción del ensayo *Tierra y mar*, que por aquel entonces estaba a punto de publicar.

Por mi parte, cuando volvía a Alemania de permiso le devolvía la visita en Berlín. Creo poder decir que fue

una relación muy intensa. También me han contado que, estando a punto de morir, recordó su estrecha amistad conmigo.

—Una amistad, también se ha dicho, acompañada de algún sinsabor...

—También en esto consiguió asombrarme. No sé qué importancia dar al asunto, pero, en efecto, leyendo sus diarios recientemente publicados[8] se tiene la sensación de que en determinado momento albergó algún resentimiento hacia mi persona. También sé que en algunas ocasiones intrigó contra mí. Por ejemplo, hizo circular el rumor de que yo había escrito *Sobre los acantilados de mármol* a fin de obtener una segunda medalla «Pour le Mérite». Naturalmente, se trataba de una insinuación completamente infundada, pero que revelaba su resentimiento. Creo que esa novela mía le irritó, aunque nunca me lo confesó abiertamente. Prueba de ello es que lo escribió en sus diarios, y por otra parte también me lo ha confirmado Armin Mohler, que había hablado con él del asunto.

—¿Qué nos puede decir acerca de Armin Mohler?

8. Carl Schmitt, *Glossarium. Aufzeichnungen der Jahre 1947-1951*, a cargo de Eberhard Freiherr von Medem, Berlín, Duncker & Humblot, 1991.

—Mohler fue mi secretario y vivió aquí con nosotros, en Wilflingen, durante cuatro años. Recientemente la *Junge Freiheit* ha puesto en circulación el rumor de que mi primera esposa, Gretha, lo echó de casa por el robo de algunos libros de mi biblioteca. Eso es absolutamente falso. Lo cierto es que Mohler, tras cuatro años de servicio a media jornada, pensó en seguir su propio camino. Lo nombraron corresponsal en París y me pidió que lo dejase marchar. Lo acepté, naturalmente, porque no quería obstaculizar su carrera, y nos despedimos como buenos amigos. Hemos mantenido contacto a lo largo del tiempo y actualmente incluso hablamos por teléfono. Por otra parte, he hecho mi contribución a los escritos en su homenaje, y precisamente hemos hablado esta mañana: le he dicho que intervendré para desmentir esa desagradable calumnia.

Pero, volviendo a Carl Schmitt, sin duda él vive en mi recuerdo como amigo, como interlocutor privilegiado y también como escritor y pensador dotado de una extraordinaria capacidad para dar definiciones tajantes.

—*Usted le puso el apodo de don Entiendo...*

—Sí, por su agudeza. Es el más conocido de entre los varios apodos que le asigné y que se pueden rastrear en mis diarios. Él, en cambio, me llamaba el Capitán.

—¿Por qué lo definía así?

—Para subrayar, no sin un matiz de benévola ironía, mi pertenencia a la vida militar —asociación que también se producía de modo casi espontáneo en la opinión pública.

—El otro gran pensador del siglo XX con el que usted tuvo una relación privilegiada es Heidegger. ¿Cómo lo conoció?

—Quien nos puso en contacto fue el teólogo Heinrich Buhr. Estábamos a principios de los años 30. Buhr, al que yo conocía desde 1928, estudiaba por aquel entonces en Friburgo. Estaba entusiasmado con mis ensayos *La movilización total* y *El trabajador*, cuya lectura recomendó también a Heidegger. Este quedó muy impresionado y me hizo llegar a través de Buhr un ejemplar dedicado de su ensayo sobre la esencia del fundamento. Pero allí acabó todo, ya que por aquel entonces, no sabiendo casi nada de Heidegger, yo no lograba interesarme por lo que él había escrito en aquel texto. Después de la guerra, en cambio, se desarrolló una verdadera relación y nos encontramos en varias ocasiones.

—¿Qué impresión le causó cuando lo conoció? Dicen que tenía una mirada penetrante, magnética...

—En su manera de hablar, en sus preguntas elementales pero de carácter esencial, hasta en sus largos silencios, había algo que atraía de una manera irresistible, algo mágico. Es una impresión que tengo muy viva. Particularmente en una ocasión, aquí en mi casa, experimenté el gran poder de atracción que ejercía su personalidad. Había venido a visitarme y paseábamos por el jardín. Al mirarlo mientras caminaba —recuerdo que llevaba una gorra verde— y al escucharlo mientras hablaba, intercalando en su discurrir prolongados silencios, yo advertía todo el encanto de su presencia. En sus gestos se manifestaba la fuerza magnética de su pensamiento, la apremiante evidencia de un interrogar que atrae y convence al interlocutor. Y también lo recuerdo durante la conferencia acerca de la técnica, en Múnich, a principios de los años 50.

—¿No volvieron a verse?

—No, creo que no. Pero cuando murió yo fui uno de los pocos que estuvieron presentes en su funeral. Liselotte y yo llegamos a Messkirch cuando el ataúd ya había sido cerrado, pero la señora Elfride Heidegger, su esposa, lo hizo abrir para que yo pudiese volver a verlo por última vez. Fue una ceremonia particularmente intensa. Poseía toda la sacralidad del rito católico, con el discurso fúnebre pronunciado por un sacerdote amigo de él, Bernhard Welte. Pero también se notaba en la at-

mósfera cierto embarazo por el hecho de que Heidegger se había distanciado del catolicismo —tal vez sin conseguirlo nunca verdaderamente—. En su tumba quiso una estrella en lugar de la cruz, y había dispuesto que después de la ceremonia, en el momento del entierro, se leyesen algunos versos de Hölderlin. Me he propuesto, junto con mi mujer Liselotte, volver a visitar su tumba.

—*El gran tema del enfrentamiento entre ustedes fue la técnica, con el nihilismo que la acompaña, como clave de lectura del mundo contemporáneo. Hace un momento usted ha recordado la célebre conferencia* La cuestión de la técnica, *que Heidegger pronunció el 18 de noviembre de 1953 en el Auditorium Maximum del Politécnico de Múnich, en el marco de una serie de conferencias sobre el tema* Las artes en la era de la ciencia. *Previamente habían hablado Romano Guardini, sobre* La situación del hombre, *y Heisenberg, sobre* La imagen de la naturaleza en la física moderna. *Tras Heidegger hablaron Emil Preetorius, sobre* La escultura, *el hermano de usted, Friedrich Georg, sobre* La lengua, *Walter Riezler, sobre* La música, *y por último Manfred Schröter, que trazó un* Balance de la técnica. *En las fotos que se tomaron en aquella ocasión, se le ve a usted en las primeras filas con Heisenberg. También está Ortega y Gasset, así como Carl-Friedrich von Weizsäcker, Hans Carossa y otros exponentes de la intelectualidad de Múnich en los años 50. Ahora bien, sobre el asunto de la técnica parece*

que usted influyó en Heidegger, y no a la inversa. ¿Qué opina de esto?

—Sé que Heidegger se interesó muy pronto por mis ensayos sobre *La movilización total* y sobre *El trabajador*, y que dictó seminarios sobre el tema. Pero por aquel entonces todavía no nos conocíamos personalmente. Habíamos tenido contactos epistolares a principios de los años 30, pero, tal como iba diciendo, solo más tarde, después de la guerra, empezamos a frecuentarnos. Fui a visitarle muchas veces a su casa de montaña en Todtnauberg, y él vino aquí, a Wilflingen. En aquel periodo yo escribí el ensayo *Sobre la línea* para el volumen que se publicó con ocasión de su sexagésimo cumpleaños. En 1955, cuando era yo quien cumplía los 60, me contestó con una larga carta titulada *Acerca de* La línea. Su hijo me ha contado que entre sus escritos inéditos hay toda una carpeta de apuntes y glosas críticas sobre *El trabajador*. Al principio su actitud respecto a mi manera de enfrentarme al problema era más bien crítica, severa. Más tarde, aun manteniendo sus reservas de fondo, me reconoció el mérito de haber captado en el nihilismo un problema fundamental del mundo contemporáneo. Por otra parte, esto se ve en su respuesta a *Sobre la línea.* Tengo mucha curiosidad por ver sus apuntes inéditos sobre *El trabajador.* Pero quién sabe cuándo se publicarán, y si podré leerlos...

Por lo que respecta al enfrentamiento acerca de la técnica, no hay que olvidar a mi hermano Friedrich Georg. Él frecuentó a Heidegger mucho más asiduamente que yo, y se ocupó del asunto en una de sus obras más importantes, *Die Perfektion der Technik* (La perfección de la técnica), que hoy por hoy está presente como constante término de comparación. Creo que *El trabajador* y *La perfección de la técnica* son como el positivo y el negativo de una fotografía del fenómeno.

—¿Qué relación tuvo usted con su hermano?

—El acontecimiento que reforzó nuestra relación tuvo lugar durante la guerra, cuando lo encontré gravemente herido en las lindes de un bosque en el que había tenido lugar una batalla y le salvé la vida. Entre las muchas obras que ha escrito, la que más me ha gustado y considero la más importante es *Griechische Mythen* (Los mitos griegos).

—Volviendo a su visión de la técnica, un punto a aclarar es el siguiente: por un lado, habla usted del Trabajador como el que está a la altura del desafío de la técnica y la domina con fuerza prometeica; por otro, teoriza la figura del Anarca como aquel que se retira en su propio yo como último baluarte de resistencia. ¿Qué relación hay entre el Anarca y el Trabajador y cuál de las dos figuras ha de ser el modelo para el hombre actual?

—El Anarca no se deja implicar en la dimensión de la técnica: se vale de ella y la explota si le resulta útil, de lo contrario la ignora y se retira a su mundo interior, el mundo de sus lecturas. El Anarca tiene dominio también sobre la técnica.

—Pero ¿el Anarca no corre el riesgo de ser una figura demasiado literaria, casi romántica?

—No lo diría. De alguna manera, el hombre romántico huye de la realidad y se construye con la fantasía poética o con el sueño un tiempo y un espacio suyos. El Anarca, en cambio, conoce y evalúa bien el mundo en que se encuentra y tiene capacidad para retirarse de él cuando le parece. En cada uno de nosotros hay un fondo anárquico, un impulso originario hacia la anarquía. Pero desde que nacemos dicho impulso se ve limitado por el padre y la madre, la sociedad y el Estado. Son sangrías inevitables que padece la energía originaria del individuo y que nadie puede rehuir. Pero el elemento anárquico se mantiene latente y puede irrumpir como la lava: puede liberar al individuo, pero también destruirlo. El Anarca sabe que la libertad tiene un precio, y sabe que quien quiere disfrutarla gratuitamente da muestra de no merecerla. Por eso no ha de confundírselo con el anárquico: este se relaciona con la sociedad, tiene con ella una relación negativa que se manifiesta de manera virulenta en su disponibilidad para practicar el

terror a fin de conseguir sus propios fines. El Anarca no tiene sociedad. La suya es una existencia insular, como evidenció Max Stirner, cuya obra *El único y su propiedad* es en este aspecto fundamental.

—*Hemos mencionado la novela* Sobre los acantilados de mármol. *En el fondo con ese libro usted renunciaba, por así decirlo, a ser solo un escritor y se otorgaba, tal vez involuntariamente, un estatuto moral para condenar a un régimen liberticida. ¿Qué relaciones, mejor dicho, qué deudas tiene el Anarca con la sociedad, ya escoja la existencia de escritor, ya se incline por cualquier otro tipo de vida?*

—Un escritor que se respete a sí mismo vive junto a su sociedad. Es como si rozase sus caracteres para comprender mejor su esencia. El deber del escritor, a diferencia del político o del economista, no es de naturaleza social. Lo que a mi juicio resulta importante para él es comprender su propia posición excepcional, para no disiparse a sí mismo ni disipar su imagen en cuestiones secundarias. Es posible que, para bien o para mal, no pueda eximirse de estas. En tal situación, el fracaso es para él más propicio que el éxito.

—*¿Qué definición da usted del éxito literario?*

—Por un lado está el éxito de público, que cierta-

mente es importante, más aún, decisivo. Pero para mí lo esencial del éxito literario es inmanente a la literatura misma. Es, por ejemplo, la sensación de haber concebido y formulado una frase perfecta.

—¿Y qué es para usted el fracaso?

—Exactamente lo contrario. En cualquier caso, no es mensurable según los favores del público.

—Sostiene usted que el deber del escritor no es de naturaleza social. Suponiendo que tenga alguna finalidad que no sea solamente escribir, ¿cuál es?

—El verdadero escritor, como la verdadera riqueza, se reconoce no por los tesoros que posee, sino por su capacidad para hacer que se vuelvan preciosas las cosas que toca. Por lo tanto, es como una luz que, invisible en sí misma, calienta y hace visible el mundo.

—Es una definición muy bella. Pero quizá corresponda poco a este final de siglo, tan arrebatador que a algunos les parece confuso y a otros desprovisto de esperanza. Hay quienes sostienen que la música de un milenio que se cierra exige orquestas apocalípticas.

—Pero la política de un escritor reside precisamente en esto: en desconfiar de la confusión y en no de-

jarse arrebatar por la atmósfera apocalíptica. Evitar o atenuar la catástrofe es deber del político, que merece ayuda. En este campo, incluso las fuerzas espirituales más excelsas no pueden cambiar nada. Su intervención puede ser, acaso, de naturaleza censoria. Pero, como es sabido, apostar por su éxito es aleatorio: hay desarrollos que son condenados unánimemente desde un punto de vista moral y que hasta contradicen la lógica —y sin embargo toman su curso.

—Parece usted escuchar la lección de Maquiavelo o la otra, más tardía y pretensiosa, de Hegel. ¿Qué piensa usted del realismo político?

—Aunque en el ámbito político la frontera entre realismo y cinismo es a veces difícil de establecer, una visión desencantada de la política y de la historia no puede prescindir del reconocimiento de la inevitable dinámica intrínseca del político, que implica lucha y conflictividad.

—Volvamos al deber del escritor. ¿Qué ha de hacer ante el desmoronamiento espiritual?

—El autor capta la decadencia en su dimensión global, en su significado trágico. Eso es lo que hace. En este aspecto, no está lejos de los grandes profetas o de Heráclito. En el fondo, la decadencia es la única cosa nor-

mal, y la relación que el escritor establece con ella es de naturaleza particular solo en tanto que se configura en la obra. La superación del miedo a la muerte es el deber de un escritor que se entrega: su obra ha de irradiarla.

—Radiaciones *es también el título de un libro suyo. ¿Es una palabra que le seduce?*

—Sí, porque es una palabra casi metafísica, como «emancipación»: indica un modo de transmitirse de la energía, tanto en sentido material como en sentido espiritual.

—¿Qué opina de la asociación que habitualmente se establece entre usted, Heidegger y Carl Schmitt, figuras carismáticas del siglo XX alemán que irradian una particular energía espiritual?

—Me siento en excelente compañía, porque en efecto emanan un aura completamente particular. Pero sé que suele proponerse esta asociación en sentido negativo, para etiquetarnos como representantes de la intelectualidad nacionalsocialista. Al respecto, si se observan las cosas mejor, más de cerca, son indispensables algunas aclaraciones, dado que nuestras biografías son muy diferentes.

No frecuenté a Heidegger en los años del nazismo, y por tanto no sé qué importancia podía tener él para

los nacionalsocialistas. En el fondo, era un profesor de filosofía de una pequeña universidad de provincias, lejos de Berlín, y para las jerarquías del partido no se trataba con certeza de un hombre importante. Es probable que en realidad nunca lo tomaran en consideración y que jamás llegase a controlar algún resorte importante del poder. Queda en pie el hecho de que, por lo menos en el primer momento, él y, sobre todo, su mujer Elfride, simpatizaron con Hitler.

Distinto es el caso de Carl Schmitt. Por aquel entonces él era consejero de Estado, de modo que tenía un papel institucional importante. Recuerdo que en Berlín, cuando paseábamos juntos, a veces pasábamos ante algún centinela o nos topábamos con alguno de los frecuentes controles de la policía. En tales casos, invariablemente, era reconocido por el distintivo de consejero de Estado que llevaba, y todos reaccionaban poniéndose en posición de firmes. Esto no significa que se identificase con el régimen. Recuerdo que cierto día, justo en los años en que Hitler gozaba del mayor consenso, antes de la guerra, me dijo durante un paseo: «¿Escuchó ayer el discurso de Hitler? Nada más que tópicos».

En cuanto a mí mismo, gracias a mi posición de pluricondecorado de la Primera Guerra Mundial y a las simpatías de que gozaba por el éxito de *Tempestades de acero*, pude permitirme permanecer apartado de los nacionalsocialistas y rehusar los honores y privilegios que se me ofrecían.

—A propósito de la relación con los nacionalsocialistas, en cierta ocasión Goebbels dijo de usted: «A Jünger le hemos tendido puentes de oro, pero nunca ha querido cruzarlos».

—Mi imagen de héroe de la Primera Guerra Mundial —de «excombatiente», como se decía— le hubiera venido bien a la propaganda nacionalsocialista. El Doctor —así llamaban a Goebbels— hizo que me invitasen muchas veces a sus reuniones, y al principio era pródigo en consideraciones benévolas. Pero mi genio bueno me sugirió prudencia. Goebbels también quiso conocer a Niekisch, pero con él tuvo una discusión casi feroz durante la cual asomó también la fatal palabra «Trabajador». Para Niekisch, que intelectualmente superaba a Goebbels, pero políticamente era el más débil, aquel choque fue fatal. Por mi parte, defendí con circunspección, pero también con tenacidad, mi libertad individual, y rechacé las distintas ofertas que me proponían, entre ellas el nombramiento para la Deutsche Akademie der Dichtung.

—¿Cómo se tomaron esta actitud suya las jerarquías del partido?

—La hostilidad se volvió cada vez más profunda. En los diarios de Goebbels, actualmente publicados, puede verse qué pensaba acerca de mí: «Qué lástima

este Jünger —escribe ya en 1929—, cuyas *Tempestades de acero* estoy releyendo estos días. Es una obra verdaderamente grandiosa y heroica. Porque tiene a sus espaldas una experiencia templada en la sangre. Actualmente, en cambio, Jünger se aísla de la vida y lo que escribe se vuelve tinta, literatura». Pero la literatura era mi manera de vivir. Cierto día me lo encontré en la Ópera de Berlín, en una gran manifestación, en la embriaguez del triunfo nacionalsocialista. Goebbels pasó a mi lado y me dijo con tono desafiante, entre despectivo y sarcástico: «Señor Jünger, ¿qué dice de esto ahora?». Mi respuesta fue la novela *Sobre los acantilados de mármol*, en la cual, a través de la transfiguración literaria, se intuyen diversas alusiones a la situación política de aquellos tiempos. Detrás del «desollador» de Köppels-Bleek todos reconocieron a Goebbels, detrás de la figura de Biedenhorn al jefe de las SA, Röhm, y detrás del Guardabosque Mayor a Hitler. Quedó entonces aclarada para todos mi posición frente al régimen. Recuerdo que en marzo de 1945, cuando la catástrofe estaba ya a la vista de cualquiera que tuviese un mínimo de sentido común, Goebbels tuvo tiempo para cursar a la prensa la orden de no mencionar mi quincuagésimo cumpleaños.

—La de Goebbels tenía todo el aire de ser una actitud ridícula. Pero igualmente ridículos son los críticos que todavía en la actualidad lo acusan a usted de ser solo

una imagen —aunque involuntaria, aunque instrumentalizada— del régimen nazi. ¿No le parece?

—A mis críticos de hoy creo poder decirles por lo menos esto: cuando había que arriesgar el pellejo yo estaba, ellos no. Me sentí muy satisfecho al enterarme del juicio que Hannah Arendt daba sobre mí en su informe acerca de la Alemania posbélica, aunque mi resistencia ha sido una resistencia espiritual, solamente interior, y no una resistencia en el sentido propiamente dicho del término.

—¿Cómo vivieron usted, Carl Schmitt y Heidegger la inmediata posguerra?

—Para ninguno de nosotros se trató de un paseo. También en mi caso, como en el de Carl Schmitt y el de Heidegger, enseguida acudieron los encargados de las fuerzas de ocupación para interrogarme y pedirme toda clase de informaciones, pero no me sometieron a interrogatorios propiamente dichos y salí del paso bastante bien. Para mí fue importante pasar de la zona de ocupación inglesa, donde al principio se me prohibió publicar, a la francesa, donde me conocían y gozaba de consideración; tanto es así que volví a obtener libertad para publicar. En otras palabras, la transición no fue para mí tan difícil como para Heidegger o Carl Schmitt. Ellos se vieron expuestos a ataques muy virulentos, en

parte porque se habían comprometido directamente con el régimen nacionalsocialista, mientras que yo, en París, había estado cerca del grupo de oficiales que organizó el complot contra Hitler —en mis diarios parisienses lo llamo Kniébolo, un nombre que se me ocurrió en un sueño—, y entonces, como también hacia finales de la guerra, tuve grandes dificultades con el régimen. En París la Gestapo había elaborado un informe sobre mi persona.

—En aquel periodo escribió usted un breve tratado sobre la paz...

—Sí, lo redacté después de una conversación con Alfred Toepfer, a quien conocía desde los tiempos del movimiento Wandervogel. A mediados de los años 30 nos reuníamos en su casa para discutir con Ernst Niekisch, Paul Weber, Hugo Fischer y mi hermano. Después volvimos a vernos en París. En cierta ocasión, sentados juntos a la mesa, me sugirió que escribiese algo acerca de la paz. Estábamos en 1941. Seguí su consejo. Escribí el ensayo sobre la paz y lo escondí en un armario blindado del Hotel Majestic, donde me alojaba. No sé si habría podido hacer todo eso de no haber contado con la protección de mi superior, el general Hans Speidel. En Saint-Dié, bajo el bombardeo americano, entregué una copia mecanografiada del texto a Toepfer, quien la llevó a Benno Ziegler, en Hamburgo. Este la hizo

componer pero no consiguió imprimirla. El texto original me lo llevé conmigo a Kirchhorst. Fue transcrito y copiado, y circuló de forma clandestina, de mano en mano, pero con sorprendente rapidez.

—Fue un texto que también Rommel leyó...

—Sí, claro. Yo había dado una de las tres copias mecanografiadas que poseía al general Speidel, que enseguida encargó a un asistente que se la llevase en motocicleta a Rommel, que estaba en La Roche-Guyon. Rommel consideró que aquel texto era un buen punto de partida, sobre el que se podía trabajar. No sé exactamente qué quería decir y no tuve tiempo de cerciorarme. Entre otras cosas, porque él estaba en contacto con los que conspiraban contra Hitler y terminó cayendo en la red de sospechas. Por suerte para mí, durante el interrogatorio a que fue sometido no reveló haber conocido mi escrito. No lo mencionó. Pocos días después fue arrestado y obligado a envenenarse.

—¿Se atreve a suponer en qué sentido dijo Rommel que sobre aquel texto suyo se podía trabajar?

—Rommel estaba implicado en el complot que llevó al atentado del 20 de julio. El grupo de los conspiradores se proponía elaborar un plan para poner fin a la guerra y emprender la reconstrucción moral y material

de Alemania. Mi escrito, que buscaba una nueva orientación en la idea de Europa, podía constituir un punto de referencia teórico, y de hecho adelantaba ideas que más tarde se convirtieron en realidad. Pero además para mí era importante un punto que en aquel texto solo se esbozaba y que solo más adelante había de desarrollar en un ensayo específico. Me refiero a la idea del Estado mundial.

—*¿Qué entiende usted por Estado mundial?*

—Es una idea que en cierta medida fue adelantada por Kant en el escrito *La paz perpetua* (1795) y que no ha perdido actualidad, como demuestran los sucesos de la antigua Yugoslavia. Kant piensa en una instancia supraestatal que ponga freno a los conflictos sin reglas entre los Estados nacionales, que se comportan entre sí como individuos en estado natural, dando lugar a la guerra de todos contra todos. Ahora bien, Kant concibe dicha instancia en el mero sentido de una federación entre los Estados. Para mí, en cambio, el Estado mundial es el punto hacia el que tiende la organización política de la humanidad. Dicho Estado sancionará en el plano político la globalización ya encarrilada de la técnica y de la economía planetarias. Incluso sin eliminar los Estados nacionales, el Estado mundial absorberá el poder principal de estos. La técnica, en tanto que fenómeno universal, cosmopolita, que lleva inexorablemente

a la globalización, prepara el Estado mundial, es más, en cierta medida ya lo ha realizado. El Estado mundial es su correlato político.

—¿Qué opina del problema de las nacionalidades, que si bien por un lado ven amenazada su existencia al haber perdido su fuerza representativa, por otro siguen constituyendo un serio peligro de nuevos conflictos?

—A mi entender, las naciones son un fenómeno de transición. Si observamos la antigua Yugoslavia, vemos que actualmente existe una situación similar a la que se verificó tras la muerte de Alejandro. Asistimos a una lucha entre diádocos, que tarde o temprano desembocará en la dirección del Estado mundial. Por otra parte, las Naciones Unidas han sido precisamente una anticipación de esta idea.

—Las naciones cada vez cuentan menos, mientras que los nacionalismos emergen con mayor virulencia...

—Sí, algo de cierto hay en esa afirmación. Pero también se podría decir lo contrario: que los nacionalismos han muerto y que ahora tenemos naciones que intentan volver a encontrar su identidad y redefinirse. Naturalmente, el ejemplo de la antigua Yugoslavia muestra cuánta energía y virulencia posee todavía la idea de la nación.

—La idea de la paz y del Estado mundial es una idea, más que política, de la filosofía de la historia...

—Claro, yo no pienso en una realización política de estas ideas a corto plazo, sino que las concibo como visiones de un desarrollo histórico que podrá durar todo el siglo venidero. Por lo tanto, en ese sentido se trata de una filosofía de la historia y no de una idea política. La idea del Estado mundial es un principio regulador, una idea-límite a la que se puede hacer referencia para encontrar la dirección en la que avanzar a fin de resolver conflictos reales.

—El problema de volver a plantear la comunidad de las naciones, superando la idea misma de nación y concibiendo un orden global, también fue materia de reflexión para el viejo Carl Schmitt, quien sobre este punto tenía como interlocutor privilegiado a Alexandre Kojève, que teoriza el «final de la historia» en el «Estado homogéneo universal». ¿Conoció a este singular personaje?

—No. Sé que estaba en contacto con Carl Schmitt y lo consideraba, con razón, uno de los pocos pensadores con quien valía la pena discutir. Es curioso, a pesar de todo, a pesar de los ataques y del ostracismo a que fue sometido después de la guerra, Carl Schmitt es uno de los poquísimos pensadores del siglo xx que ver-

daderamente ha hecho escuela. En cuanto a las críticas que le han dirigido, hay que reconocer que fue él mismo, con sus tesis radicales, quien las buscó. La célebre sentencia «el Führer crea el derecho» no es una proposición inocua: si uno la expresa, ha de saber a qué clase de riesgos se expone. Recuerdo que cierto día, en Berlín, poco después de haberla él pronunciado, se me ocurrió pasar por su casa, y le pregunté: «¿Ya has preparado la ametralladora para defenderte?». Él, ingenuamente, respondió: «¿Por qué?». Y yo le dije: «Porque, suponiendo que para el derecho constitucional sea una sentencia plausible, que ya es mucho suponer, desde el punto de vista político es una afirmación muy peligrosa». La dura experiencia de la posguerra inmediata lo volvió más cauteloso. Para darse cuenta de ello basta con leer *El Nomos de la Tierra,* una obra de amplio aliento en la que desnuda toda la precariedad teórica e histórica de los principios que inspiraron el proceso de Nuremberg, con el que se destruyó definitivamente la antigua tradición del *ius publicum europaeum.* Carl Schmitt muestra de manera espléndida qué importante es concebir sobre nuevas bases el orden mundial futuro.

—¿Conoció usted a Jacob Taubes, rabino y pensador judío admirador de Carl Schmitt?

—No, solo lo conozco de nombre y no he leído

nada suyo. Mi secretario, Armin Mohler, estaba en contacto con él y fue mediador entre ellos dos. Carl Schmitt estaba literalmente fascinado por el judaísmo, al que consideraba como la oposición esencial al catolicismo en la lucha por la interpretación de la historia universal, y decía que era mucho más interesante discutir con la intelectualidad judía que con la pequeño-burguesa de Berlín.

—¿Qué piensa usted de América, que hoy por hoy, al faltarle un enemigo, vive la situación paradójica de gran potencia demediada?

—La falta de un enemigo, de una fuerza opuesta de igual intensidad, es la razón por la que tarde o temprano deberá imponerse la situación del Estado mundial, aunque no hay que olvidar que los rusos todavía disponen de la bomba atómica, y creo que incluso están trabajando activamente para volver a constituir una fuerza opuesta. De esto ya he discutido en una lejana entrevista con Alberto Moravia para *L'Espresso.*[9]

—Pero la situación del Estado mundial, ¿será la de un mundo sin Estado o la de un Estado total?

9. «La questione nucleare. Come vivere con la bomba», conversación de A. Moravia con E. Jünger en *L'Espresso,* XXIX, 34, 1983, pp. 48-55. El encuentro tuvo lugar en Wilflingen el 25 de marzo de 1983.

—A ese respecto es importante el concepto de patria (*Heimat*). La patria no es el Estado, y la pluralidad de las patrias no podrá ser suprimida ni siquiera por el Estado mundial. Cuando este último se realice, no está dicho que los Estados particulares hayan de desaparecer del todo. Sencillamente pasarán a un segundo plano.

—*Pero en su visión el concepto de patria tiene un peso diferente del que tiene, por ejemplo, en Heidegger: para Heidegger la radicación en la tierra propia es constitutiva, en tanto que para usted el Solitario, el Anarca, está radicado únicamente en sí mismo o, mejor dicho, no tiene en absoluto raíces.*

—Sí, así es. Por eso también mi concepto de libertad tiene un acento distinto del de Heidegger. De la misma manera que es distinta mi forma de concebir la relación con el mundo.

—*En la conferencia de Heidegger* La cuestión de la técnica, *de la que antes hablábamos, estaba también presente Ortega y Gasset. ¿Qué recuerdo tiene de él? En su libro* La rebelión de las masas *captaba un fenómeno neurálgico de nuestro tiempo...*

—No recordaba que Ortega estuviese presente en aquella ocasión, si bien recuerdo perfectamente a Heisenberg, con quien tuve otros muchos encuentros pos-

teriores. Lo que de Ortega me ha quedado grabado son algunos ensayos suyos que he leído. A su tesis acerca de la importancia de las masas yo contrapongo mi convicción fundamental: el punto neurálgico es para mí el individuo y no la masa. La energía, la fuerza, se concentra más en él que en el elemento amorfo de la masa. El individuo, si posee el carisma necesario, puede influir sobre las masas y guiarlas. Como ya observaba Heráclito, uno vale más que diez mil.

Con Ortega no he tenido contactos personales ni epistolares. Carl Schmitt me contó que había quedado profundamente impresionado por él y lo había estudiado a fondo.

—Es interesante la idea que Ortega tiene de la relación entre hombre y naturaleza, antitética respecto de la de Heidegger...

—Sí, Heidegger piensa que uno de los males fundamentales del hombre contemporáneo es su pérdida de raíces, su extrañamiento y la ausencia de patria, es decir, la desorientación que se instala cuando se pierden los lazos con la propia naturaleza y la estabilidad que proviene del apego al suelo. Ortega en cambio está convencido —según su punto de vista típicamente mediterráneo— de que no hay lazos originarios del hombre con la naturaleza. Más aún, la naturaleza es inicialmente hostil al hombre y la técnica es la actitud con que este se opone

a dicha hostilidad. La arquitectura, por ejemplo, es la técnica que permite al hombre habitar la Tierra. Por lo que me atañe, me siento más próximo a Heidegger. Como pueden ver, prefiero vivir en una aldea y no en una metrópoli. He vivido ambas experiencias: he vivido en Berlín, en París, capitales de inagotable fascinación. Pero para tener la tranquilidad y la concentración necesarias para la actividad espiritual es preferible el ambiente natural de la campiña. Por eso vivo en Wilflingen desde hace ya casi medio siglo, y siento que tengo aquí mis raíces.

—Volviendo al tema de América: ¿aprecia usted la cultura norteamericana? ¿Qué piensa del hecho de que para las nuevas generaciones se haya convertido en un mito, o, por lo menos, en un repertorio de modelos culturales que emular?

—Tiempo atrás se hubiera podido contestar a esta pregunta con una provocación: ¿es posible llamarla «cultura»? Hoy por hoy, incluso prescindiendo de la gran literatura norteamericana, las cosas han cambiado profundamente, especialmente para los jóvenes. Pero para mí es distinto.

—¿No hay nada que le atraiga de América? En el fondo, es el taller donde se forja el aspecto del mundo según la visión de una técnica planetaria, que ha empezado a realizarse precisamente allí.

—Hagan el intento de pensar en Japón. Tal vez sea allí donde la humanidad está más cerca del futuro. Allí parece haberse alcanzado una relación completamente distinta entre técnica y cultura, entre utopía del progreso y tradición. Me imagino al japonés que, tras haber trabajado el día entero, de noche se va a casa y se pone el kimono. Esto me parece emblemático de la necesidad que tiene el individuo de retirarse en sí mismo, volviendo a encontrar el lazo con su propia tradición.

—¿Es entonces la ausencia de la ritualidad de la tradición lo que hace problemática la supervivencia de la cultura en América?

—Sí, a pesar de que en allí, mientras tanto, se está formando una relación con la tradición.

—¿Es acaso América el sitio adonde las culturas se dirigen para morir?

—Tal afirmación hubiera sido suscrita por el mismo Spengler.

—Hay pensadores norteamericanos, como Henry David Thoreau, cuya exaltación de la «vida sin principios», que llega incluso a reivindicar el derecho a la desobediencia civil, puede aproximarse a la actitud del Anarca...

—La de Thoreau es seguramente una de las más apasionadas defensas de la libertad individual. Otro pensador que considero muy importante para el análisis del individualismo moderno es Tocqueville. Tuvo una visión clarividente de en qué se convertiría América y previó su oposición a la otra gran potencia del siglo xx, Rusia. La parte final de *La democracia en América* es una contribución fundamental al análisis del crepúsculo de Occidente. Esta era también la opinión de Carl Schmitt. Si Tocqueville no hubiese sido antisemita, tal vez habría corrido mejor fortuna. Yo lo he estudiado a fondo y en mis ensayos hay numerosos rastros de ello, por ejemplo, en *An der Zeitmauer* (Junto al muro del tiempo). Pero en el pensamiento y en la creación literaria se atraviesan fases que posteriormente se olvidan.

—¿A qué escritores y a qué literaturas se dedica actualmente?

—Estoy leyendo *Los miserables,* de Victor Hugo, donde se encuentran muchos pensamientos modernos, actuales. También releo constantemente el *Orlando furioso* de Ariosto, del que poseo una bella edición *in folio*, con traducción de Hermann Kurz e ilustraciones de Gustave Doré. Solo puedo leerla poniéndome de rodillas. Allí está, ¿la ven? Las estrofas de Ariosto me templan y a veces las leo a modo de desayuno. Durante la Primera Guerra Mundial siempre llevaba conmigo, en

el zurrón, una edición económica, la del editor Reclam, traducida por Gries, y la leía durante las pausas de los combates y en los momentos de descanso. Ariosto no era el único. También me acompañaban el *Fausto* de Goethe, Fontane y otros clásicos. En mi existencia los clásicos han sido como bajeles a bordo de los cuales he navegado a menudo más allá del tiempo y del espacio. A veces tengo la sensación de haber vivido más intensamente entre los libros que entre los sucesos de este mi siglo, la sensación de no haber ido de Berlín a París, sino de un capítulo a otro.

—*También ha leído a Musil...*

—Sí, naturalmente. Pero se trata de una lectura más tardía, que posteriormente he dejado de lado.

—*¿Qué es lo que convierte a un libro, a un orador, en un clásico?*

—Ante todo su carácter imperecedero. Una poesía de Schiller sigue siendo algo vivo, moderno, que no desaparece. Y luego el estilo, la lengua.

—*Su pasión por la literatura y por los libros, que lo acompañó también en plena guerra, arroja una luz totalmente distinta sobre su heroísmo juvenil y sobre su experiencia bélica...*

—Desde mi perspectiva actual puedo decir que la experiencia de la guerra fue importante, pero muy pobre si la comparamos con la riqueza de las experiencias que he tenido a través de la literatura. Incluso durante la guerra, como les he dicho, la lectura de Ariosto fue para mí más apasionante que otras cosas vividas. Ariosto arrebata al lector y lo transporta en una visión espiritualizada que transfigura la realidad, en la que nos encontramos con demonios, con héroes y heroínas... y el alma se llena de una riqueza infinita. El problema es que la transfiguración y la espiritualización de la realidad mediante el arte están amenazadas por la técnica.

—Pero ¿la sublimación literaria de la experiencia bélica no está en contraste con las descripciones crudas, desencantadas, dramáticas, que usted mismo brinda en sus diarios?

—No, no hay contraste: se trata de dos aspectos que están presentes por igual.

—Usted, en la experiencia de la guerra, por una parte participa heroicamente en los acontecimientos y en las acciones, y por otra parece describir el espectáculo tomando distancia...

—Participé en la guerra por un innato espíritu de aventura que sentía en mi interior, y que encontró una

salida en la euforia general que por aquel entonces se había difundido por doquier en Alemania, pero también en Inglaterra y en Francia. Después de las acciones bélicas, el ejercicio de la escritura me trasladaba a otro plano: volvía a vivirlo todo no ya como actor, sino como observador que busca casi desde la altura el espectáculo del fuego y de la lucha.

—Parece la experiencia de un hombre que ha tenido el privilegio de ser al mismo tiempo actor y espectador de aquel terrible teatro. Pero ¿en qué medida ha incidido, en esta condición suya, el hecho de que aquella guerra fuera diferente de todas las demás?

—Para mí hay una diferencia fundamental entre las dos guerras mundiales: la primera fue una guerra entre naciones, la segunda una guerra cosmopolita. Por lo tanto, también mi relación con la experiencia del conflicto fue diferente: en la primera me identificaba con los ideales que la habían desatado, pues en cierto sentido heroísmo y defensa de la patria eran todavía unos valores; en la segunda, en cambio, la realidad que para mí importaba era diferente de la realidad de los acontecimientos. Se había generado una distancia, una fractura insuperable. De ahí que me replegase en mí mismo, en un mundo interior, en la realidad de los libros y de la literatura. Como si el actor de antaño hubiese desaparecido y solo quedase el espectador.

—Hay un fragmento de sus diarios parisienses que se ha hecho famoso porque sus críticos lo han señalado a menudo como la expresión de un esteticismo cínico...

—¿A cuál se refiere?

—Al de la alarma aérea...

—¡Ah, sí! Lo tengo presente. A decir verdad, aquel fragmento atestigua lo contrario, es decir, mi distancia interior de la realidad de la guerra. Os lo leo:

«Sirenas, aviones que nos sobrevuelan. Desde lo alto de un tejado del Raphaël he visto, por dos veces, levantarse gigantescas nubes de explosiones en la dirección de Saint-Germain, mientras escuadrillas aéreas se alejaban a gran altura. Se trata de ataques contra los puentes que cruzan el río. La manera y la sucesión de las medidas tomadas contra la llegada de los refuerzos revelan una inteligencia sutil. Durante el segundo ataque, al crepúsculo, yo tenía en la mano una copa de Borgoña con trozos de fresa. La ciudad, con sus torres y sus cúpulas rojizas, estaba envuelta en una belleza tremenda, casi como una corola florida que es rozada en el vuelo de una fecundación letal».[10] En la edición de mis

10. E. Jünger, *Strahlungen II: Das zweite Pariser Tagebuch*, en *Sämtliche Werke*, ed. cit., vol. III, 1979, p. 271. [Hay trad. cast.: «Segundo diario de París», en *Radiaciones II*, Barcelona, Tusquets, 2005.]

obras completas he añadido la frase: «Todo era espectáculo, era potencia pura, afirmada y acrecentada por el dolor».[11] Con ello quería expresar mi distanciamiento, tanto de los que volaban en lo alto sobre la ciudad como de la gente que había en las calles, aterrorizada. Estaba solo y bebía mi Borgoña. No era cinismo, era una defensa estética frente al miedo a la muerte. La escena de guerra se había transfigurado para mí en espectáculo.

—*Bruce Chatwin cuenta en* ¿Qué hago yo aquí?[12] *su visita a Wilflingen, y habla de usted como de un «esteta en guerra»...*

—Me acuerdo bien de cuando Chatwin vino a visitarme. Su definición me gusta. Capta bien la atmósfera que se respira en mis diarios parisienses, que registran mis lecturas, mi vida y mi frecuentación de artistas y literatos de la ciudad ocupada. Cuando llegué a París, el general Speidel, que entonces era todavía coronel, decidió, como primera medida, enviarme a su sastre italiano para que me confeccionase un maravilloso traje de paisano, y a continuación me encargó que rastrease determinados Burdeos de buena cosecha.

En el Mando General alemán de París, tuvo lugar en determinado momento el hartazgo de la guerra. Nos

11. *Loc. cit.* El añadido no figura en la edición italiana.

12. B. Chatwin, *¿Qué hago yo aquí?*, Barcelona, El Aleph, 2002.

refugiábamos en la vida cultural, artística y literaria de la ciudad: recuerdo especialmente los jueves en casa de Florence Gould, donde me encontré con escritores como Jouhandeau, Jean Cocteau, Céline, Paul Léautaud y Jean Paulhan. Precisamente este último —quien, como averigüé después de la guerra, había sido un cabecilla de la Resistencia— me escribió en noviembre de 1945 una carta que firmaban también Jouhandeau, Léautaud, Arland y Florence Gould, en la que me invitaba a regresar a París: «Venez vite, les jeudis vous attendent». Entre los miembros del Mando General surgieron sentimientos hostiles respecto a los planes de guerra de Hitler. Se generaron así las premisas para el complot que llevó al atentado del 20 de julio.

—Aparte de rastrear excelentes botellas de vino, ¿qué encargo tenía usted en la Wehrmacht?

—Mi deber oficial como encargado de la censura era el control de la correspondencia. Por mis manos pasaban cartas en las que, por ejemplo, se decía: «Querido Fritz, la casa ha sido bombardeada, se ha quemado todo, hasta las cortinas; no queda más que un remedio: vengarse de Hitler». En estos casos hacía desaparecer la carta, y escribía a su autor de forma anónima aconsejándole que en el futuro evitase expresiones de ese género.

Tuve algunos problemas con la Gestapo, que estaba en la rue Victor Hugo, no lejos del Raphaël, el hotel en

el que tenía sede mi mando. Cuando nosotros, los de la Wehrmacht, les pedíamos que hiciesen la vista gorda, se mostraban intransigentes y replicaban que de excepción en excepción todo el aparato terminaría por derrumbarse. En cierta ocasión se me escapó una risita, ante lo cual el comandante me reprendió con ceño severo: «¡No se ría!». Efectivamente, el aparato de espionaje que habían implantado era una máquina terrible. Pero, de hecho, también con ellos se practicaba el intercambio: vosotros liberáis a estas personas, nosotros liberamos a estas otras. Eso ocurría también a alto nivel, por ejemplo entre Goebbels y Göring. Circulaba por entonces una frase significativa de este último: «Yo decido quién es judío y quién no lo es».

—¿Fue usted molestado alguna vez por el hecho de frecuentar a artistas como Picasso, por ejemplo?

—No, en absoluto. Por otro lado, había una relación muy franca con los artistas y literatos. Picasso, por ejemplo, decía que si las cosas hubiesen dependido de nosotros dos, inmediatamente se habría podido alcanzar la paz y ordenar que volviesen a encenderse las luces de París.

—Su interés por el arte y la cultura también le llevó a ocuparse de obras maestras que, de lo contrario, habrían resultado destruidas durante la guerra...

—Sí, a comienzos del conflicto, durante el avance hacia París, pasamos por Laon, una ciudadela medieval construida sobre la antigua colina sacrificial de los celtas, a poca distancia de Reims. La catedral gótica, que se yergue en lo alto de la colina, es imponente, al igual que la abadía de Saint-Martin, donde se conserva una espléndida biblioteca con inestimables tesoros, códices y libros antiguos. Cuando entramos en la ciudadela, los pobladores ya se habían dado a la fuga y todo había sido abandonado precipitadamente. Tuve la sensación de ser el único que tenía conciencia del valor de aquellos libros y de aquellos tesoros que yacían en el más absoluto abandono, y los hice poner a buen recaudo. En 1972 la ciudad de Laon me invitó para recordar aquel episodio y para expresarme su gratitud. Escribieron: «Ernst Jünger a sauvé notre bibliotèque».

—*¿Con qué sentimientos dejó usted París?*

—Tratábamos de consolarnos con la ironía y las frases típicas de las tropas en guerra, diciendo que nos enviaban a Alsacia para tratamientos de aguas termales. En realidad, la situación a esas alturas se había vuelto dramática. Me despedí de los amigos franceses personalmente o por teléfono. Recuerdo la llamada telefónica que hice a Montherlant. Florence Gould insistía en que me quedase. La noche en que fui a visitarla yo sabía que difícilmente la volvería a ver. Y cuando, hacia mediano-

che, quise despedirme, ella insistió: «Ernst, il faut absolument rester».

—Hay como un dolor secreto o una extraña nostalgia que circula en algunos aspectos privados de la existencia, y que el recuerdo de la guerra hace aflorar. Pero ¿qué opina de la célebre definición de Carl von Clausewitz, según la cual la guerra es la continuación de la política por otros medios?

—Es una sentencia grandiosa, porque afirma con los términos más eficaces la primacía de la política. Pero podría añadir que después de la guerra, en Alemania, también asistimos a la inversión de la tesis de Clausewitz, es decir, que la política es la continuación de la guerra por otros medios. Hoy por hoy, el escenario ha cambiado por completo, y las comparaciones con la historia o con experiencias del pasado ya no son suficientes. Y es que si queremos comparar nuestra situación con la de una partida de ajedrez, resulta completamente inútil querer estudiar qué movimientos cambiar, cómo desplazar de otro modo el alfil o el caballo, la torre o el rey. El hecho es que se ha volcado la mesa donde estaba el tablero: los guerreros, los combatientes, ya no existen como clase o casta, y el fuego ya no proviene de los cañones, sino que se ha vuelto absoluto. Nos estamos acercando al caos y, junto con este, a dimensiones cósmicas en las que no hay Clausewitz alguno que haya pensado.

—En la visión jüngeriana, ¿es indispensable la política?

—La política tiene su fundamento en la naturaleza misma del animal humano. En el hombre hay, por así decirlo, un instinto para la política. Desde este punto de vista, es indispensable, imposible de eliminar, de la misma manera que se no se pueden eliminar la lucha y el conflicto. Enfrentamientos y oposiciones forman parte de la esencia de la vida. Ahora bien, para el individuo la política no tiene la misma importancia en cada momento de su existencia.

—¿Qué piensa del concepto weberiano de la política como profesión y del schmittiano de la distinción fundamental entre amigo y enemigo?

—Me siento más próximo al concepto schmittiano, que es más radical y toca la naturaleza, la esencia de lo político. Por otra parte, enseguida expresé a Carl Schmitt mi acuerdo con su definición. Todavía guardo copia de la carta que le envié entonces.[12] Empieza así: «Dedico a su escrito *El concepto de lo político* el siguiente epigrama: *videtur, suprema laus,* porque el

12. Se trata de una carta del 14 de octubre de 1930, conocida como la primera que envió Jünger a Schmitt. En realidad hay una anterior, del 2 de agosto del mismo año, en la que Jünger agradece a Schmitt el envío de *Romanticismo político.*

grado de su inmediata evidencia es tal que toda toma de posición resulta superflua, y al autor le basta con la comunicación para que se tome conciencia». La distinción que introdujo entre amigo y enemigo fue como una mina que estalló sin ruido, pero que tuvo sus efectos. A mí me pareció evidente y la hice mía. Algún tiempo después le escribí: «El proceso que nosotros definimos como modernidad consiste sobre todo en la disolución del Mal. Por lo tanto, para nosotros todos los amoralistas son particularmente modernos, y me parece que este proceso acentúa más el color que las formas, como corresponde a la naturaleza del proceso de descomposición. Por otra parte, su distinción entre amigo y enemigo no es moderna, y correspondiendo a tal concepto emerge con toda evidencia la forma, es decir, el "carácter romántico", como sostienen sus buenos amigos... En un mundo esencialmente amoral, caracterizado siempre por la misma multiplicidad, la distinción entre amigo y enemigo representa un método fundamental para elaborar y plantear la alternancia de las situaciones concretas. En cualquier caso, este es mi método, y en este sentido comprendo su tesis».[13]

13. Carta inédita de Ernst Jünger a Carl Schmitt, del 13 de diciembre de 1933.

TERCERA CONVERSACIÓN

Es domingo, día 15 de octubre. Un pálido sol otoñal ha disipado en parte la niebla, y el castillo de Sigmaringa resplandece con una luz lechosa, alto sobre la colina a cuyo alrededor se adosa la villa. Debajo, a través del parque del castillo, fluye el Danubio, que aquí es todavía un curso de agua poco llamativo. Recorremos los pocos kilómetros hasta Wilflingen a lo largo de la carretera del bosque, que a esta hora está desierta. Antes de llegar a la aldea pasamos por el cementerio, donde nos detenemos brevemente ante las tumbas de Gretha, la primera esposa de Jünger, y de Ernst y Alexander, sus hijos. Las encontramos enseguida, después de la entrada, sencillas pero bien cuidadas: Jünger siente profundamente el culto a los muertos y en su paseo cotidiano nunca deja de pasar por aquí.

Cuando llegamos, ya nos está esperando. Se encuentra de excelente humor, magníficamente en forma. Con paso ágil camina de un lado a otro, entre el estudio y la sala. Nos ofrece asiento en la mesa, preparada con café y pastelillos. Hoy es él quien nos dirige algunas pre-

guntas. Sabe que durante los días pasados hemos estado en Fráncfort, en la Feria del Libro, y nos pregunta si hemos visto la correspondencia entre Carl Schmitt y Armin Mohler, cuya aparición le han anunciado y que siente curiosidad por leer, dado que contiene muchas cosas que le tocan de cerca.[1] También quiere saber en qué ha quedado la polémica sobre la hipotética invitación del alcalde de Venecia para festejar su centésimo cumpleaños en la ciudad de la laguna. Nos pregunta por Italia, por lo que está ocurriendo en nuestro país. Es una curiosidad que surge de lo más hondo, de una ligazón que nació en su juventud. Así pues, para empezar, le pedimos que vuelva a evocar aquel periodo.

—En los años 20 usted vivió en Nápoles durante algún tiempo. ¿Cómo se encontró allí?

—Muy bien. Fue para mí una experiencia interesante, porque en aquel entonces se trataba de una estancia en el exterior mucho más cargada de aventura de lo que pueda serlo hoy. Vivía en el barrio alto, desde donde se puede ver el Castel dell'Ovo, en una pensión regentada por una alemana en la que se alojaban los huéspedes que acudían de visita o por trabajos en el Acuario, donde yo también trabajaba como investigador asig-

1. Carl Schmitt, *Briefwechsel mit einem seiner Schüler,* a cargo de Armin Mohler, con la colaboración de Irmgard Huhn y Piet Tommissen, Berlín, Akademie, 1995.

nado al departamento de zoología que había fundado Anton Dohrn. Ya en aquel entonces Nápoles era una ciudad muy caótica, en la que de buen grado me movía a pie. Me gustaba deambular por las callejas de los barrios españoles y observar la vida de la gente. Reviví algo parecido en 1986, cuando estuve en Palermo, donde me interné a pie en la ciudad vieja.

—Esa experiencia durante su juventud, los estudios posteriormente interrumpidos de zoología y botánica, señala un profundo interés suyo por la naturaleza...

—En efecto, la naturaleza es algo con lo que siempre me he sentido comprometido. Habitualmente todos me consideran un escritor y miran mis intereses entomológicos como una extravagancia. Para mí, en cambio, se trata de dos pasiones igualmente satisfactorias y que no mantengo separadas. La observación de la vida de la naturaleza, tanto en lo pequeño como en lo grande, es un espectáculo incomparable, una ocupación que me aporta serenidad. Me apasionan los coleópteros, pero también me gustan mucho las plantas. En París, durante la guerra, llevaba a cabo frecuentes excursiones botánicas al bosque de Boulogne. Cuando los americanos invadieron la ciudad fui sorprendido en una de esas excursiones. En el fondo era también una actividad espiritual para alejarme de la tétrica realidad de la guerra.

—Por lo tanto, para usted la entomología no es sencillamente un pasatiempo...

—No, es más que eso. Es una pasión que siento desde muy joven y que sigo cultivando, a la que atribuyo un significado más profundo. He titulado una colección mía de aforismos *Maxima-Minima* para indicar las dos dimensiones del ser, de la naturaleza, hacia las que se dirige mi observación. La pasión por los coleópteros apunta a la microdimensión. Y luego está la pasión que impulsa a indagar sobre las grandes incógnitas del universo, sobre los máximos problemas. Además, se puede estudiar el mundo de los insectos como se estudia el mundo de los hombres, la sociedad. Los insectos, las abejas o las hormigas tienen una vida social propia muy organizada, y es interesante observarla.

—Una curiosidad: ¿por qué precisamente los coleópteros?

—Es la pregunta que me dirigió Gide cuando le hablé de esta pasión mía. Le contesté que los coleópteros, con su coraza, me parecían los insectos más sólidos. Y Gide dijo: «Ça je comprends très bien». Pero asimismo me gustan por la claridad de sus líneas y de sus formas. Son una especie de adorno de la tierra. Su belleza no se descubre enseguida, no encandila como la de las mariposas, pero, para compensar, la pasión por ellos perdura en el tiempo.

—A propósito de pasiones, muchos se han entusiasmado con sus libros. Hermann Hesse, por ejemplo, formuló un juicio halagüeño sobre sus obras. ¿Se conocieron personalmente?

—No, cuando expresó su juicio ya vivía en Suiza desde hacía tiempo, y nunca tuvimos ocasión de encontrarnos. Hesse tenía la costumbre de escribir para fin de año una carta que enviaba a todos los amigos. En una de ellas habla también de mí. El libro que yo había escrito que más le impresionó, y sobre el que escribió una reseña, fue *An der Zeitmauer* (Junto al muro del tiempo). Hallaba en él algunas sintonías con su convicción de que nos encontramos al final de una era de la historia y ante los umbrales de una nueva. No solo eso: una de las ideas que yo expreso en aquel libro, y que le impresionó, es que para entender lo que ocurre es necesario, por así decirlo, desplazar la mirada de la historia humana a la historia de la Tierra, hay que dirigirse de la consideración del tiempo histórico a la del tiempo cósmico, de la naturaleza. La humanidad es parte del acontecer en el cosmos. En determinado momento, Hesse hace una observación interesante: confiesa no saber si lo que yo describo es verdadero o no, pero a través de mi escritura tiene la sensación de tomar parte en el espectáculo que describo. Considero que es un gran reconocimiento, tanto más expresado por un escritor como él. Por otra parte, su vida entera, como la mía, está atra-

vesada por el dilema entre acción y contemplación, y este problema en común ha engendrado una posibilidad de entendimiento.

—Y usted, ¿qué texto de Hesse ha leído y apreciado en mayor grado?

—He leído con pasión a Hesse, sobre todo durante los años 20. Por supuesto, leí *Siddharta* y *El lobo estepario*, pero también *Narciso y Goldmundo* y, después de la guerra, *El juego de los abalorios.*

—¿Qué otros escritores le han apasionado?

—Recuerdo particularmente a algunos escritores franceses. Léon Bloy, por ejemplo, a quien leí intensamente y que me ha inspirado. Ha sido para mí un reconocimiento muy grato que me hayan nombrado «membre d'honneur» de la Société d'Études Bloyennes. Fue Carl Schmitt quien me aconsejó la lectura de este «catholique intolérant», tal como fue definido. He leído sus diarios y, por lo menos un par de veces, el libelo *La salvación por los judíos.* Es un texto que introduce en los *arcana* de un poder mágico, sacro, donde Bloy me parece un electrotécnico que maneja con gran desenvoltura los cables de alta tensión. Se tiene la sensación de que en cualquier momento puede desprenderse una descarga y prender fuego a todo. Entre las sentencias de

Bloy que más profundamente me han impresionado, hay una estupenda que he recogido y comentado en *Junto al muro del tiempo:* «Dieu se retire».[2] Es una afirmación que describe de manera concisa pero eficaz lo que ocurre con la llegada del nihilismo, con el alejamiento de Dios que se da en el hombre moderno. Es una sentencia que ha de leerse junto con la afirmación de Nietzsche «Dios ha muerto».

—¿Y entre los que conoció personalmente?

—Gide, ante todo, al que fui a visitar a su casa, en la rue Vaneau, ya antes de la Segunda Guerra Mundial, es decir, antes de que partiese hacia el norte de África. Pero en aquel entonces él aún no me conocía como escritor. En su diario cuenta haber leído *Tempestades de acero* y haber considerado que era el libro más bello sobre la Gran Guerra, pero lamenta el hecho de que cuando fui a visitarlo todavía no lo hubiese leído. La conversación, escribe, habría sido completamente distinta.

Entre los escritores franceses que conocí personalmente, recuerdo también a Jean Cocteau, quien me regaló algunos libros en los que a modo de dedicatoria trazó aquellos típicos dibujos suyos sin levantar el lápiz de la hoja. En cierta ocasión en que nos vimos junto con

2. *Cfr.* E. Jünger, *Sämtliche Werke, op. cit.*, vol. VIII, 1981, p. 629.

Carl Schmitt empezamos a hablar de política, y Cocteau dijo: «Jünger est un homme qui pense haut». También recuerdo a Jouhandeau, con quien asimismo mantuve contacto después de la guerra y al que vi un par de veces en Alemania. Y luego a Julien Gracq y a otros más que podría mencionar. Nos veíamos sobre todo los jueves en casa de Florence Gould.

—¿También tuvo relación con Colette?

—Sí, ella se dirigió a mí para que ayudase a un joven amigo suyo, judío, que había sido detenido por nuestra policía. Me interesé por él y conseguí que lo dejasen en libertad. Colette me lo agradeció mucho. Todavía guardo un libro que me regaló en aquella ocasión, con una hermosa dedicatoria en la que me expresa su agradecimiento.

—Entre los escritores que conoció, ¿hubo también colaboracionistas como Drieu la Rochelle y Céline?

—Sí, pero no solo estos. También frecuentaba los jueves de Florence Gould, por ejemplo, Jean Paulhan, de quien solo después de la guerra supe que había sido uno de los cabecillas de la Resistencia. En cuanto a Drieu, su suicidio me afectó mucho. A mi entender, fue un gesto precipitado, pero en aquel clima se puede comprender su estado de ánimo y lo que debió de sentir. Es

suficiente con leer su maravilloso *Diario.* Cuando nos encontrábamos, hablaba con frecuencia de nuestras experiencias durante la Primera Guerra Mundial: habíamos combatido en la misma zona del frente, él del lado francés y yo del alemán, y oíamos, desde flancos opuestos, el repicar de las campanas de la misma iglesia.

La relación con Céline es un capítulo aparte. Ya desde antes de la guerra había oído hablar muy bien de él al editor Ernst Rowohlt, que había adquirido los derechos del *Viaje al fin de la noche.* Cuando se publicó, la novela me causó una gran impresión, tanto por la fuerza del estilo como por la atmósfera nihilista que evocaba, y que reflejaba muy bien la situación de aquellos años. Pero cuando lo conocí personalmente, en el París ocupado, y tuve ocasión de encontrarme con él muchas veces en la embajada y en los jueves de Florence Gould, quedé profundamente decepcionado. Su manera de actuar no me resultaba nada simpática, y creo que la antipatía era recíproca. No me gustaba su colaboracionismo, ni su ostentoso antisemitismo. De ello hablo en mis diarios parisienses, pero a fin de no ofenderlo le doy el pseudónimo Merline. Lamentablemente, cuando los diarios se tradujeron al francés, la redactora –la escritora Banine, que por otra parte era amiga mía y odiaba cordialmente a Céline– lo reconoció tras el pseudónimo y recuperó el nombre verdadero. Este incidente me costó su rencor, tanto es así que intentó contra mí un juicio por difamación. Cuando me interrogaron en Ravens-

burg, para no comprometer a Banine y liquidar del modo más rápido ese desagradable enredo, dije que se había tratado de un error de imprenta.[3]

Otro autor que recuerdo es Montherlant, que en el París ocupado desempañaba un importante papel de mediador entre la cultura francesa y la alemana. En efecto, se interesaba mucho por nuestra cultura, que conocía a fondo, y colaboraba en *Deutschland-Frankreich*, el anuario que editaba el Instituto Alemán de París, en el que yo también publiqué una parte de mis diarios de viaje. Aquí tienen el libro que me dedicó antes de suicidarse: «A Ernst Jünger ces pages encore tout embarbouillées de "littérature" avec les sentiments admiratifs de Montherlant». Y cuando en 1972, habiéndo quedado casi ciego, se suicidó, anotó antes de hacerlo una máxima mía que en su traducción francesa dice: «Le suicide fait partie du capital de l'humanité».

También conocí a Marguerite Yourcenar. Me regaló un ejemplar dedicado de sus *Memorias de Adriano.* No recuerdo los detalles de la conversación que mantuvimos, pero sí que fue muy brillante. Madame Yourcenar era una personalidad rica e interesante. Entre otras cosas, me habló de su padre y de la singular manera que este tenía de festejar el 14 de julio: hacía abrir las letrinas de su castillo.

2. Jünger aclaró los detalles de este episodio en una carta a Helmut Krausser publicada en *Der Spiegel,* 23, 1994, pp. 178-181.

—Volviendo a la frase de Léon Bloy, ¿qué imagen tiene usted de Dios y cuál es su relación con la religión?

—He manifestado mi sentimiento acerca de lo sacro y lo divino sobre todo en algunas consideraciones inspiradas por la lectura del Apocalipsis de Juan y en el discurso que pronuncié en la Bienal de Venecia.[4] ¿Es posible, hoy por hoy, hablar todavía de dioses? A partir de Voltaire, quien lo hace parece poner en tela de juicio su propia credibilidad, pese a que los dos siglos que han transcurrido hasta nuestros días no son más que un intervalo de tiempo muy breve respecto a las edades en que dioses y demonios eran objeto de veneración. La realidad de lo divino es para mí innegable, pero igualmente difícil es definirla, darle nombres. Los dioses siguen siendo «cosa en sí», y más en la actualidad, cuando parecen haber sufrido una profunda «metamorfosis». Ya lo sostenía en los años 20 Leopold Ziegler, en su *Gestaltwandel der Götter* (Metamorfosis de los dioses), obra que tuvo gran fortuna y sobre la que tuve ocasión de hablar con él. A veces pienso que también los dioses regresarán algún día, manifestándose de otras maneras. Para mí, en la naturaleza, en el cosmos, hay una dimensión divina, sacra. En este sentido, el moderno «neopaganismo» es una conclusión apresurada, o, por lo menos, una fase de transición. Sin embargo, considero

4. E. Jünger, *Prognosen,* Múnich, Klüser, 1993.

que lo importante sigue siendo el Individuo, el gran Solitario, capaz de resistir en las situaciones difíciles para el espíritu, como la que está llegando y que será una nueva Edad del Hierro. Hölderlin previó esta condición que nos apremia y que está marcada por la fuga de los dioses y por la ausencia de un nuevo dios. Aunque uno no se implique en visiones apocalípticas, no se puede dejar de percibir la situación de pobreza. Es una pobreza planetaria, debida al hecho de que determinada forma de existencia parece haber entrado en crisis. Volviendo a Bloy, él, entre otras cosas, captó también la realidad de lo demoníaco —tema por el que mostraba interés e inquietud.

—¿*Cree usted en los mitos?*

—Aunque no se quisiese creer en la verdad que ocultan, es imposible no creer en su incomparable potencia simbólica. A pesar de su debilitación contemporánea, los mitos siguen siendo, al igual que la metafísica, un puente lanzado hacia la trascendencia. Así también la astrología, que no es solamente una moda: incluso si su importancia consistiese tan solo en transmitir a los hombres el sentido de los grandes ciclos naturales, tendría un inestimable valor, independientemente de su sabiduría para conectar con el destino de un individuo. Pienso, en cambio, que los teólogos e intelectuales que actualmente practican con tanto celo la desmitologiza-

ción se parecen a un ejército de hormigas que ha entrado en una pingüe cocina: devoran y destruyen todos los manjares que encuentran, pero nunca terminan de comentar entre sí qué exquisitos son.

—A propósito de los teólogos, en los diarios que usted ha escrito asoma como motivo casi constante la lectura de la Biblia...

—Durante la Segunda Guerra Mundial leí todo el Antiguo y el Nuevo Testamento dos veces. Para mí se trata de un libro extraordinariamente rico, que cuento entre los clásicos sublimes de la literatura universal. Cuando se publicaron los diarios, hubo quienes interpretaron esa lectura como el indicio de una conversión. Otros, en cambio, me consideraron un neopagano por leer unos textos sacros como una obra literaria. Mi familia era de religión evangélica, pero mi padre, químico, era un perfecto ateo, un darwinista. Cuando yo era joven me gustaban mucho las discusiones que teníamos con él a la hora de comer: a menudo el tema eran los nuevos descubrimientos y los constantes, asombrosos progresos de la ciencia, en sintonía con el clima general de aquellos años, marcado por la visión optimista del progreso que alimentaba los sueños e ilusiones del mundo burgués de la *Belle Époque*, pero al que ya la juventud alemana empezaba a oponerse. Por lo que me atañe, al igual que mi padre me siento incapaz de adhe-

rirme a una confesión o a una religión positiva, pero estoy convencido de haber desarrollado, a través de mi visión del acaecer cósmico, un justo sentido de lo sacro.

—*Entre las experiencias particulares que ha tenido usted se cuenta también la de las drogas. En realidad, toda una generación literaria se desarrolló alrededor de este fenómeno y de sus repliegues estéticos: desde Théophile Gautier hasta Thomas de Quincey y Baudelaire, desde Benn hasta Benjamin, Huxley y Burroughs. De usted se conocen sobre todo los experimentos que llevó a cabo con Albert Hofmann, el descubridor del LSD: ¿qué lo movitó a ello?*

—Para mí fue una experiencia importante, que he intentado describir en *Acercamientos.* En realidad me había interesado por el fenómeno y había escrito sobre los efectos de las substancias alucinógenas antes de conocer a Hofmann. Hay rastros de ello en *El corazón aventurero.* Mis primeros contactos con Hofmann, de quien posteriormente me hice amigo y con quien hasta el día de hoy hablo de vez en cuando por teléfono, se remontan a finales de los años 40. Él me escribió entonces para expresarme su admiración y entusiasmo por mis novelas, mencionando, entre otras cosas, los fragmentos donde yo trataba de transmitir, con los medios de la descripción literaria, una idea acerca de los efectos de las drogas sobre la consciencia. Cuando, a través

de un amigo, me enteré de que Hofmann había descubierto una nueva substancia alucinógena, el ácido lisérgico, y de que la producía mediante síntesis química, le pedí que me enviase sus estudios sobre el tema. Yo había leído las *Confesiones de un comedor de opio,* de Thomas de Quincey, que por entonces habían sido publicadas en una nueva traducción al alemán, y me interesaba conocer la relación entre el nuevo alucinógeno y la creatividad artística. Estaba escribiendo una nueva novela, *Heliópolis,* en la que figura el personaje de Antonio Peri, quien experimenta con las drogas: se vale de las substancias alucinógenas como claves para tener acceso al calidoscópico mundo de los sueños, e intenta capturarlos tal como otros dan caza a las mariposas.

—¿En qué fecha concreta decidieron probar esa nueva substancia?

—En 1951, en casa de Hofmann, en Bottmingen, a las afueras de Basilea. Por precaución, Hofmann había hecho acudir a un médico amigo suyo. Fue una experiencia armónica, llena de colores, acompañada por la música transfigurada y amplificada de un fragmento de Mozart que escuchábamos. Recuerdo especialmente la espiral de humo que ascendía desde la barrita de incienso que había encendido Hofmann y que se retorcía en el aire —un recuerdo que describí en el relato *Visita a Godenholm.*

—¿Qué impresiones les causó aquel primer «viaje»?

—A decir verdad, ya había probado otras drogas. En cierta ocasión, junto con mi editor Klett, había experimentado los efectos de una fuerte dosis de mescalina. En comparación, aquella primera experiencia con el LSD no fue particularmente intensa, en parte debido a que, por precaución, habíamos ingerido una cantidad mínima. Pero mi impresión cambió en las experiencias siguientes, que fueron de creciente intensidad. El último viaje con Hofmann lo llevé a cabo aquí en mi casa, en febrero de 1970, siempre escuchando música de Mozart, un concierto para flauta y arpa. Fue una alteración muy profunda de nuestra consciencia: recuerdo haber tenido la sensación de regresar con el estado de ánimo de quien ha recorrido una senda peligrosa.

—Otra experiencia a la que usted atribuye gran importancia es la del sueño...

—Ciertamente, porque el sueño trasciende la realidad. Tal vez incluso supera al mito: en el sueño todo es posible, cada uno de nosotros es brillante. Se trata, por lo tanto, de una dimensión esencial de la vida. Suscribiría completamente la célebre frase de Calderón según la cual toda la vida es un sueño. De hecho, la vida, esta sublime descomposición de la materia, es tal vez más que eso: es una embriaguez.

—¿Qué juicio emite usted del psicoanálisis, el cual considera que el sueño es una vía de acceso al inconsciente?

—Si he de serle sincero, prefiero los libros sobre los sueños de los autores antiguos, por ejemplo el de Artemidoro. Lo interesante, para mí, es que en el sueño los símbolos se vuelven casi tangibles, palpables. Lo que en cambio me mantiene alejado del psicoanálisis freudiano es, por una parte, su obsesiva recurrencia a las pulsiones sexuales para explicarlo todo, y por otra el hecho de que se haya convertido en una práctica de masas. Estoy de acuerdo con Karl Kraus y con su juicio tajante: el psicoanálisis es la enfermedad de la cual pretende ser terapia.

—¿Es Karl Kraus un autor que le gusta?

—Por supuesto, lo leí sobre todo en los años 20. Me cautivaba su estilo, lúcido y excitante. Entre los autores austriacos que me han atraído está después Georg Trakl, que también ejerció una profunda influencia sobre mi hermano Friedrich Georg. Cuando viví en Hannover, tuve contacto con los expresionistas locales. Y hablando de poesía, Carl Schmitt me aconsejó vivamente la lectura del poema «Das Nordlicht» (La aurora boreal), de Theodor Däubler. Lo cierto es que no me entusiasmó tanto como a él. Se trata de un gran poema

gnóstico desarrollado a partir de la tesis metafísica de que la vida cósmica aspira, en última instancia, a la luz. La Tierra, desprendiéndose del sol, se ha alejado de la luz; pero de la tierra nace el hombre, cuya historia es el regreso a la luz. Según Däubler, el desarrollo histórico no avanza linealmente, pero tampoco de modo cíclico, sino que sigue la espiral del cumplimiento de la historia en el principio de la luz: *das Nordlicht*, la aurora boreal, es aquello que orienta a la Tierra en su regreso a la luz.

El ensayo que Carl Schmitt escribió en su juventud sobre este poema revela muchas cosas. Entre él y Däubler había una atracción polar, que se hacía visible en la apariencia física de ambos: Carl Schmitt era muy pequeño, en tanto que Däubler era un gigante cuyo aspecto imponente se veía acentuado por la larga y espesa barba.

—También conoció usted a Eliade, y durante un tiempo dirigieron juntos una revista. ¿Qué recuerdo tiene de él?

—Fue una amistad intensa, fructífera. Entré en contacto con él porque me interesaba *Zalmoxis*, la revista de ciencia de las religiones que él dirigió en París hasta 1942. Nuestro primer contacto se remonta a aquel periodo. Más adelante, en los años 60, decidimos dar vida a una nueva revista, *Antaios*.[5] Al escoger ese título

5. La revista, editada por Klett, se publicó en Stuttgart desde 1959 hasta 1971.

queríamos recordar al gigante cuyas fuerzas se renuevan al contacto con la Tierra, la madre que lo engendró. La Tierra es el fondo común del que brotan todas las energías. Estas, aunque a menudo se contraponen, solo se pueden comprender en relación con dicho origen común. También el hombre, hijo de la tierra, puede mantener el equilibrio en el vórtice de la inmensa energía cósmica que la técnica moderna está desatando, si vuelve a encontrar sus raíces en la profundidad de su origen.

—*Acerca de este asunto de la energía cósmica ha insistido mucho, en Italia, Julius Evola. ¿Lo conoció usted?*

—Nunca nos encontramos, pero tuve relación epistolar con él. Se interesó por mi obra e incluso escribió un ensayo sobre mi pensamiento.

—*Evola dio a conocer a Spengler en Italia, traduciendo* La decadencia de Occidente. *¿Qué opina usted de esta obra monumental?*

—Como todo el mundo, también quedé profundamente impresionado por *La decadencia de Occidente,* que apareció al finalizar la Primera Guerra Mundial, en un momento de profunda crisis. Era un libro carismático, que captaba perfectamente una sensación general que estaba en el aire y se respiraba en todas partes. Eso

explica, por otra parte, su enorme éxito; pese a ser muy extensa, en dos volúmenes, halló legiones de apasionados lectores y tuvo numerosas ediciones. Aunque no faltaron profesores de historia y de filosofía que atacaron alguno de los puntos del libro, este se convirtió en punto de referencia, sobre todo para las generaciones más jóvenes. En el momento de la derrota del Imperio austrohúngaro, que la cultura alemana vivió como una catástrofe, *La decadencia de Occidente* fue recibido como un grandioso adiós a la visión optimista que había caracterizado al positivismo del progreso, típico de la *Belle Époque*. La visión spengleriana implicaba la idea de que la historia no tenía un curso lineal y progresivo, caracterizado por el paso de una civilización a la siguiente, sino que había distintas civilizaciones, cada una de ella similar a un organismo, con una vida y un desarrollo propios pero sin progreso, en el sentido de que toda civilización nace, madura, florece, pero tarde o temprano decae y muere.

—Y esta visión, ¿cómo le influyó a usted?

—La filosofía de la historia de Spengler ha sido importante para mí, como se puede ver en lo que sobre ella escribí en *An der Zeitmauer* (Junto al muro del tiempo). De él aprendí que en el universo la suma de las fuerzas se mantiene constante y que, por lo tanto, no hay progreso que no implique una regresión. De todos modos,

yendo más allá de Spengler concebí una visión propia de la realidad, que tracé en *El trabajador*. Cuando en 1932 le envié un ejemplar de esta obra, Spengler me contestó expresándome su interés. En realidad, malinterpretó el significado de la figura del Trabajador. Pensó que yo quería cantar las alabanzas del proletariado, de la clase obrera, y objetó que había descuidado la importancia de la clase campesina, que también tuvo un papel relevante en la historia alemana. En realidad, la mía era, por así decirlo, la visión neoplatónica de una nueva forma que imprimía su carácter a toda la realidad: la forma del Trabajador.

—¿Hacia dónde mira y qué perspectivas traza su filosofía de la historia?

—Con el siglo XXI entraremos en una nueva era de los titanes, que se caracterizará por la liberación de una inmensa cantidad de energía. Pienso sobre todo en la energía atómica, pero también en toda la energía que será necesario producir para satisfacer las necesidades de una población en constante crecimiento. El planeta se verá sometido a una aceleración a la que la humanidad tendrá que adaptarse transformándose a sí misma. Lo viejo habrá de ceder su sitio a lo nuevo. He aquí por qué el Trabajador seguirá siendo la forma de hombre adecuada a la nueva realidad. Sin embargo, con esto no quiero decir que hayamos de seguir la recomendación

de Spengler, según la cual las nuevas generaciones deberán «dedicarse a la técnica en vez de a la lírica, a la navegación más que a la pintura, a la política y no a la teoría del conocimiento». Naturalmente, para sobrevivir en la transición hay que desembarazarse de todo lo que es superfluo. Ahora bien, estoy convencido de que la poesía no es un lastre inútil, sino que forma parte de la naturaleza del hombre. Es su señal de reconocimiento. Tal vez en el horizonte del hombre aparecerán también nuevos dioses.

—¿La importancia que usted da al naufragio del Titanic tiene algo que ver con todo esto que comenta?

—Claro que sí, el naufragio del Titanic es un símbolo grandioso, desde el propio nombre del buque hasta el modo en que se produjo dicho naufragio. Es el hundimiento de la idea misma de progreso: la perfección de la técnica se ve perturbada por el accidente. Tras el arrogante optimismo viene el pánico; tras el mayor lujo, la destrucción; tras el automatismo, la catástrofe. Recuerdo que a finales de la guerra la imagen del Titanic era recurrente en las cartas que Carl Schmitt y yo nos escribíamos con la sensación de estar ya en las profundidades del Maelstrom: en Berlín, bajo los pesados bombardeos, también él se encontraba en una situación muy difícil, apocalíptica.

—Hay quienes, como Heidegger, sostienen que la angustia caracteriza la atmósfera de nuestro tiempo...

—Heidegger da en la diana. La angustia es un estado de ánimo totalmente particular, indeterminado. Cuando llega se la percibe en todas partes, y sin embargo es imposible localizarla en un sitio exacto. Sí, tal vez es el estado de ánimo fundamental del hombre, ese extraño ser que atraviesa el tiempo y que en su lucha contra la Nada ha de hacer frente a dos pruebas inevitables: la de la duda y la del dolor. He intentado enfocar esto en el ensayo *La emboscadura*, en el que el Rebelde, el Anarca, «retirándose al bosque» —es decir, a su propio interior—, enfrenta y derrota a la angustia, a la duda y al dolor.

—¿En qué sentido habla usted de «bosque»? ¿Se trata de la naturaleza? ¿O acaso de un refugio o de algo análogo a lo que es para Heidegger?

—No, para mí el bosque no es como para Heidegger el sitio natural concreto en que viven y actúan los campesinos de la Selva Negra. Ciertamente hay también una dimensión natural, pero es sobre todo una metáfora para indicar un territorio virgen al que retirarse de la civilización ya marcada por el nihilismo, donde librarse de los imperativos de las Iglesias y de las garras del Leviatán.

—A veces habla usted del bosque como de algo secreto, algo inaccesible...

—Eso también, ciertamente, pero en el sentido en que es secreta la intimidad de cada cual, su casa. En alemán las palabras *Heim* (casa), *Heimat* (patria) y *heimlich* (secreto) tienen la misma raíz. El bosque es secreto no solo en el sentido de que esconde, sino también en el sentido de que al esconder protege.

—La metáfora del bosque como refugio asume una importancia particular en nuestro siglo, que ha parido las amenazas más peligrosas para el Anarca, es decir los totalitarismos, pero también las democracias de masas. ¿Cómo interpreta usted estos dos fenómenos, que parecen devorar todo espacio de verdadera libertad?

—Son dos experiencias que obedecen al principio de la lucha de los contrarios: cuanto más se radicaliza un extremo, tanto más emerge el opuesto. En rigor, desde el punto de vista del Anarca, del gran Solitario, no hay mucha diferencia entre el totalitarismo y la democracia de masas. El Anarca vive en los intersticios de la sociedad, la realidad que lo rodea le resulta en el fondo indiferente, y solo cuando se retira a su mundo propio, a su biblioteca, vuelve a encontrar su identidad. En cualquier caso, es recomendable la frialdad: sobre un pantano helado se avanza con más seguridad y rapidez.

—Ha escrito usted que experimenta una especial irritación al comparar la pequeñez de los hombres políticos contemporáneos con el enorme poder de que disponen... ¿Es acaso una contradicción inevitable de nuestro tiempo?

—En los ensayos de los años 50 he dicho que la desaparición de la grandeza, de la calidad y de la substancia es el síntoma que caracteriza a la edad del nihilismo. Pero, a estas alturas, habiéndose movilizado un flujo de energía inmenso, un hombre tan insignificante como el presidente de los Estados Unidos puede apretar un botón y destruir el planeta entero.

—Usted recuerda una frase de Tolstói que dice que a las grandes personalidades se les concede menos libertad que a los demás...

—Claro, en el sentido de que están vinculadas a la necesidad histórica, y para ellas, el tiempo, por así decirlo, se concentra y se coagula.

—¿Cuál es su experiencia del tiempo?

—El tiempo marca el ritmo de la vida humana. La morada de los dioses, en cambio, está al margen. Se trata, por lo tanto, de una experiencia específica del hombre. En *El libro del reloj de arena* he abordado este

problema en la historia de la civilización, estudiando la medición del tiempo por medio del reloj, así como su representación en la literatura y en el arte. Cuando preparaba el libro, Henry Furst reunió para mí materiales en la Biblioteca Vaticana, fotocopiando todo lo que me servía. Era la época de las primeras fotocopias, la calidad era pésima y a los pocos meses se desteñían, volviéndose inservibles, burlonamente consumidas por el tiempo. Recuerdo también que Furst me regaló un rarísimo libro barroco, impreso en Italia, sobre este tema: *Nuova scienza dell'orologio a polvere* (Nueva ciencia del reloj de arena).

—*Entre los que se han ocupado del asunto, ¿quién le ha impresionado o influido en mayor medida?*

—Nietzsche, por su doctrina del eterno retorno de lo mismo. Justamente utiliza la imagen del reloj de arena en el fragmento de *La gaya ciencia* en que presenta por primera vez ese desconcertante pensamiento. Dice: «El eterno reloj de arena de la existencia siempre es invertido de nuevo, y tú con él, grano de polvo que del polvo vienes». En realidad, considerándolo mejor, el del eterno retorno es un pensamiento paradójico. Las nociones de «retorno» y de «eternidad» parecen contradecirse. Por eso en mi novela *Eumeswill* pongo en boca del protagonista la negación del eterno retorno, haciéndole decir que dicha idea es contradictoria y que por lo tanto se ha

de rechazar. Mejor pensar en un retorno de lo eterno, que solo puede ocurrir una vez: y solo con su advenimiento se da muerte al tiempo. De todos modos, lo abisal de la idea del eterno retorno revela el tormento titánico que vivió Nietzsche para concebirla. Es una prueba más de que es un gigante que ya se encuentra, con su pensamiento, en el siglo XXI.

—Nietzsche rompe de ese modo con la idea lineal del tiempo y vuelve a una concepción cíclica...

—Sí, esta distinción tradicional entre tiempo cíclico y tiempo lineal es muy importante. No solo para Nietzsche. También Spengler en su visión de la historia sostiene la concepción cíclica. Y yo también me cuento entre los partidarios del retorno a una experiencia cíclica del tiempo.

—Heidegger emitió un juicio muy positivo a propósito de su comparación con Nietzsche. Dijo que las reflexiones de usted son el único intento logrado de avanzar más allá de Nietzsche.

—Tal vez Heidegger fue demasiado generoso. Se refería a mis ensayos sobre la movilización total, sobre el Trabajador y sobre el dolor, y creo saber qué pretendía decir. Pensaba que mis análisis proseguían de manera fructífera el diagnóstico de Nietzsche, en el sentido de

que, al atender a la técnica, yo daba una dimensión planetaria a la interpretación del nihilismo que en Nietzsche todavía está concebido a escala europea. A decir verdad, lo repito, para mí Nietzsche es un gigante que vive ya en el siglo XXI, en la era que será de los titanes.

—*En* El libro del reloj de arena *usted propone una interpretación de la clepsidra en varias obras de Durero:* La melancolía, San Jerónimo en su gabinete, El caballero, la muerte y el diablo...

—Sí, es un asunto que me ha fascinado porque el reloj de arena simboliza el tiempo y la fugacidad de la existencia terrenal. No sé cómo habrán acogido los historiadores del arte esta interpretación mía. Pero lo que me importaba era seguir las huellas del enigma del tiempo. Esto explica la aproximación totalmente particular que también adopto en la interpretación de Durero. Todavía conservo un vivo interés por el tema, y voy en busca de relojes de arena a las tiendas de anticuarios, pero se han vuelto ya muy raros, casi inhallables.

—*Anteriormente ha mencionado usted a Henry Furst, una personalidad interesante, un norteamericano que vivía en Italia y que fue uno de los primeros traductores al italiano de su obra...*

—Tengo un recuerdo muy personal de Henry Furst. Era un hombre extraordinariamente culto. Cuando en la conversación se mencionaba un nombre, una fecha, un acontecimiento, él reaccionaba como un electroscopio. Me decía que había nacido en Nueva York, en el mismo barrio y más o menos a la misma hora que Henry Miller, pero en realidad había abierto los ojos en 1912 en Italia, en Siena. Había frecuentado la escuela en Fráncfort y tenía estudios universitarios en Yale, Oxford y Padua. Oyéndolo hablar no se podía distinguir si era norteamericano, alemán o italiano. Vivía entre Roma y La Spezia, y fui a visitarlo muchas veces. En su casa había libros por todas partes, en todos los idiomas y de todas las épocas. Su biblioteca daba la sensación de un laberinto, pero él se movía en ella como un minotauro, porque llevaba un catálogo de sus libros tan exacto que podía utilizarlo como hilo de Ariadna para encontrarlos en cualquier momento. Todavía en la actualidad, cuando no recuerdo algún nombre, recurro al índice que elaboró para su traducción italiana de mis diarios.

Ahora bien, lo recuerdo con cariño no solo por la atención que dedicó a mi obra. Con la ayuda del joven Marcello Staglieno, se ocupó de encontrar los restos de mi primogénito Ernst, que cayó en noviembre de 1944 en Carrara. Cuando los encontró, acudió aquí, a Wilflingen, para traérmelos. Estuve seguro de que efectivamente se trataba de mi hijo porque en el bolsillo estaba

la pitillera que yo le había regalado. Gracias a Henry Furst mi hijo yace aquí en el cementerio de Wilflingen, junto a Gretha, mi primera esposa, y mi otro hijo, Alexander, recientemente fallecido. Por eso lo recuerdo con profundo agradecimiento.

–Entre los papeles de su hijo hay una frase muy bella que él había anotado: «Llega más lejos el que no sabe adónde va...».

—Sí, es una frase que se atribuye, entre otros, a Napoleón, pero no se sabe bien de quién es. A mi hijo le gustaba porque consideraba que no tenía que proponerse objetivos en la vida. Me parece verlo aún cuando íbamos juntos a pasear por la campiña y hablábamos de toda clase de asuntos, desde los problemas cotidianos hasta los elevados de la metafísica. Él, tan joven, me decía: «La curiosidad por las cosas del más allá es tan grande que casi no veo el momento de morir». Después me llegó la noticia de su muerte. Fue una circunstancia angustiosa, muy difícil.

—Se puede decir que a estas alturas usted ya ha rebasado la vejez y ha alcanzado una edad patriarcal...

—Sí, pero uno envejece bien solamente si se mantiene joven.

—¿Piensa alguna vez en la muerte?

—Por supuesto, y me la imagino en términos positivos: no como la causa de que la vida cese, sino como el momento en que la vida pasa a otra forma. Por lo tanto, no es el final, sino un recomenzar de la vida. Pienso en cada uno de mis muertos como si todavía estuviesen vivos, y en los que viven como si la muerte ya los separase de mí. Lo que ocurre es que la vida después de la muerte es como un continente inexplorado, y quien ha penetrado en él no ha vuelto para contarnos qué es lo que nos espera. Quisiera pensar que después de la muerte todavía nos aguardan muchas aventuras.

—¿Cree usted en un más allá?

—Quisiera poder creerlo. Pero ¿con qué instrumentos?

—¿Ni siquiera la filosofía ha acudido en su ayuda?

—Mi jardín me brinda una certeza mayor que cualquier sistema filosófico. Es suficiente observarlo para comprender que allí ocurren cosas absolutamente diferentes de las que percibimos. Por ejemplo, el diálogo cósmico que se produce entre la tierra y el sol durante la floración, que puede involucrar profundamente a nuestro ánimo sin que haga falta perturbar a un más allá.

La poesía puede ser suficiente, porque nos coloca en el estado de ánimo adecuado.

—Pero ¿puede aún la poesía cumplir con un deber tan difícil?

—No lo sé, de la misma manera que no sé si la poesía tiene, en general, un deber. Pero sé que hay que protegerla. Los años que están cerrando el siglo, similares a los años de la edad avanzada, parecen irse volando, así, sencillamente. Es un rasgo saturnino que tiene que ver más con la edad que con el inexorable fluir del tiempo. Por otra parte, toda acción tiene su finalidad y toda obra su final. Hay que preguntarse si la aceleración en que tomamos parte lleva a una finalidad o a un final, es decir, si estamos pasando a un nuevo acto histórico o a un nuevo espectáculo. A favor de la segunda hipótesis habla el hecho de que la destrucción no se limita a la dimensión de la historia, sino que se extiende a los reinos de la naturaleza. Por eso fracasan los medios clásicos de la política y de la moral. Y por eso la poesía, en espera de un diluvio que amenaza ser de fuego, ha de intentar nuevos caminos si quiere salvarse.

—¿Qué ritmo imprime usted a sus jornadas?

—De total normalidad. Me levanto hacia las nueve y desayuno con Liselotte. Después leo el periódico. Más

tarde, en mi estudio, escribo o leo, explorando la literatura mundial. De vez en cuando fumo un cigarrillo, pero solo desde hace algún tiempo. En toda mi vida no he sido fumador, he empezado recientemente. Encuentro que el culto de la salud es tan fastidioso como el de la enfermedad.

—Mencionó usted el periódico. ¿Cuál es su juicio sobre la prensa?

—Veo los diarios y las revistas como una especie de medios de circulación. Se deben utilizar por el sencillo hecho de que participamos en la vida moderna. Son como autobuses en los que uno sube sin poder decidir sobre la calidad de los pasajeros, y que después se abandonan exactamente en el sitio al que queríamos llegar. En el fondo, nada es importante salvo el equipaje.

—¿Considera que los periódicos son un mal necesario?

—Pertenezco a una generación para la que la lectura era fundamental. Por lo tanto, el contacto diario con el mundo a través del periódico es para mí indispensable. Dicho esto, comparto tanto el juicio de Hegel como el de Schopenhauer: para Hegel, la lectura del diario ha sustituido en el mundo moderno a la plegaria matutina, para Schopenhauer es un aperitivo desagradable.

Hoy por hoy, en cambio, la importancia de la lectura ha sido disminuida por la fuerza de las imágenes, que representan un alfabeto más elemental, más sencillo, más potente. Por lo tanto, la lectura de los diarios es para mi generación una costumbre profundamente arraigada, mientras que para las generaciones más jóvenes ha sido sustituida por la audición de la radio o por la televisión.

En cuanto a la lectura y a la escritura en general, creo que estamos viviendo una revolución parecida a la que vivió Platón, pero en dirección contraria. Platón experimentó la transición desde una cultura oral, la de la Grecia arcaica, a una cultura que fija sus expresiones mediante la escritura, la cultura griega clásica de la que desciende nuestra civilización. Hoy, con las nuevas tecnologías de la comunicación, con los multimedia, con la difusión de los procesadores de textos y la posibilidad de crear «hipertextos», la escritura tradicional, fija, se está volviendo nuevamente fluida, móvil, transformable, como en la oralidad.

—Lo hemos interrumpido a usted mientras enumeraba lo que normalmente hace a lo largo de una jornada.

—En general, no almuerzo al mediodía. Por la tarde habitualmente doy un paseo y voy hasta el cementerio del pueblo para visitar a mis seres queridos. Durante la noche, después de cenar, me quedo levantado, a veces hasta tarde, para terminar de escribir o de leer

algo. O bien para conversar con Liselotte o con los huéspedes.

—¿Cuánto tiempo dedica a la escritura?

—Escribo casi todos los días, dado que llevo un diario. Puedo decir que también para mí es válido el lema *nulla dies sine linea.* Y si no escribo, seguramente no paso ni un día sin leer algo.

—Ha afirmado usted que el diario es una forma de escritura privilegiada...

—Indudablemente, hasta tal extremo que a estas alturas he pasado casi totalmente a esa clase de escritura. En la edición de mis obras completas he colocado los diarios en la primera sección. Le doy privilegio al diario porque permite registrarlo todo y relatarlo espontáneamente, tal como se presenta, así como anotar cada intuición con la máxima libertad, sin vínculos formales. Si escribiese una novela, debería seguir un hilo conductor y, por lo tanto, limitarme a él, debería dar a lo que escribo una estructura, un orden. El diario permite una mayor libertad. Para mí es como una plegaria cotidiana, y en parte la sustituye.

—Mircea Eliade sostenía que en usted el diario adquiere la dignidad de una creación artística, convirtién-

dose en un género literario propiamente dicho, y en tal sentido ha señalado una diferencia de principio entre el «método Léautaud» y el «método Jünger»...

—Eliade alude a las animadas discusiones que tuve con Paul Léautaud acerca de la función del diario. Léautaud se apoyaba en la «tradición francesa» y sostenía que el diario es esencialmente el registro personal de las experiencias vitales del escritor, y que, por tanto, en principio está escrito de modo espontáneo, en caliente, y excluye cualquier selección o atención específica. Incluso cuando se publica, todo debería quedar en la forma original en que fue redactado. Cuando se publicaron los diarios de Léautaud, un aluvión de diez o quince mil páginas, Eliade no ocultó su decepción con la calidad literaria, y acertó al decir que los brotes de calidad que se podían reconocer estaban completamente asfixiados por la cantidad. En otras palabras, el «método Léautaud» no funcionaba.

No sé si es posible avanzar hasta las conclusiones metodológicas que Eliade extrae. Cierto es, empero, que para mí el diario no es tan solo una experiencia personal, sino también un género de escritura en el que, con gran libertad y por lo tanto sin sacrificar la espontaneidad, puedo hacer todo lo que hago en una obra literaria, en un relato, en una novela o en un ensayo, es decir, puedo comunicar mis impresiones, anotar mis lecturas, reunir y desarrollar mis reflexiones

personales, contar mis sueños, etcétera. En cualquier caso, la manera en que escribo las notas de un diario implica para mí el mismo cuidado con que concibo una obra literaria.

—¿Y qué opina de la entrevista?

—¿Se refieren a esta?

—No, nos referimos al género.

—La mejor forma de una entrevista es la de una conversación amistosa que satisface a ambos interlocutores simplemente por el propio placer que transmite. No es necesaria una convergencia de puntos de vista, que con frecuencia es incluso una desventaja —casi como si a una pintura le faltasen los matices—. Lo común es el paisaje que se contempla durante el intercambio de puntos de vista.

—¿Cuál es la obra suya que más ama?

—No sabría qué contestar. La que ha tenido un mayor éxito y que todavía se lee más es *Tempestades de acero.* Pero también podría escoger *Sobre los acantilados de mármol,* por la amplitud de su concepción y por el hecho de que salió de un tirón: la redacté en unas seis semanas, casi en estado de inspiración.

—Usted ha atravesado el siglo y representa una especie de monumento viviente...

—Sí, de hecho he vivido directamente los acontecimientos decisivos del siglo, la Gran Guerra, la República de Weimar, el ascenso de Hitler al poder, la Segunda Guerra Mundial. He tenido relaciones con muchas personalidades de nuestro tiempo: escritores, pensadores, artistas y hombres políticos. Tengo un archivo en el que he reunido todo lo que me parecía importante, y ya he hecho trasladar una parte al Deutsches Literaturarchiv de Marbach, ya que yo no disponía de espacio.

—Recientemente ha recibido usted el doctorado honoris causa *por la Universidad Complutense de Madrid...*

—Sí, es el segundo reconocimiento que me llega desde España, tras el doctorado por la Universidad de Bilbao. Para la ocasión, se dictó en El Escorial un seminario sobre mi obra. Se organizó también una corrida de toros en mi honor, a cuyo término el torero me lanzó su montera. La corrida es un espectáculo interesante porque pone en evidencia la ligazón del hombre con la vida y con la muerte, con los instintos primigenios, con la naturaleza, con la tierra. Me he preguntado por qué en España se mata al toro, en tanto que en Portugal no

lo hacen. Tal vez los españoles sean más radicales. Cuando se mata al toro estamos directamente cara a cara con la muerte, que no solo es pensada e imaginada, sino sentida y percibida de manera inmediata. Tal vez la puesta en escena de este espectáculo es una forma de vencer el miedo a la muerte que todo ser viviente experimenta. Es una catarsis. Pero la corrida es también algo que tiene que ver con el culto a la virilidad —y es un singular signo de los tiempos que haya actualmente mujeres que ejerzan la profesión de torero—. Es una contradicción en términos.

—*¿Conoce la anécdota que se cuenta acerca del encuentro entre Heidegger y Ortega y Gasset?*

—No, ¿cuál?

—*La conversación entre ambos derivó en determinado momento hacia la filosofía en España. Ortega, escéptico, afirmó que la propia expresión «filósofo español» es contradictoria. Heidegger preguntó por qué y Ortega contestó: «¿Cree usted que puede existir un "torero alemán"?». Y usted, señor Jünger, como alemán, ¿se siente más escritor o filósofo?*

—El pensamiento, la filosofía, siempre me ha atraído e interesado, pero mi elección vital es más bien la de la literatura y la escritura.

—¿Hay algún filósofo que haya tenido para usted una importancia particular?

—Hay más de uno, pero los que mencionaría ante todo son Platón y Nietzsche. Y, naturalmente, no puedo olvidar a Schopenhauer, que ha sido para mí una especie de iniciador al pensamiento. Los *Parerga y Paralipómena* fueron una de mis primeras lecturas. También *El mundo como voluntad y representación*, obra que he leído y releído muchas veces.

—¿Ve usted la televisión? ¿Qué juicio nos da de esta?

—Ciertamente, todos los días sigo los informativos. En este sentido la televisión es un instrumento de información imprescindible. A veces también veo algún buen documental sobre la naturaleza o sobre la fauna. Recientemente he visto uno acerca de las selvas vírgenes que me ha impresionado mucho. En cambio, casi nunca veo cine. En febrero hice instalar en mi casa una antena parabólica.

—En cuanto al debate que suscitó la intervención de Popper sobre el perjuicio o la utilidad de la televisión, ¿cuál es su parecer?

—No creo que sirva de mucho decir que la televi-

sión es una «mala maestra». Se corre el riesgo de caer en una de esas interminables discusiones sobre la utilidad o el daño de los inventos tecnológicos. Es como cuando se enumeran todos los problemas y daños que provoca el automovilismo, pero de hecho no se logra prescindir de él. Por lo que atañe a la televisión, hay que reconocer, más bien, que gracias a ella lo que antes ocurría en el ágora o en el foro ocurre actualmente en un escenario cosmopolita.

—Como ya hemos dicho, el año de su nacimiento, 1895, es, además del año del caso Dreyfus y del descubrimiento de los rayos X por parte de Röntgen, el del nacimiento del cine gracias a los hermanos Lumière...

—Interpreto los tres como sucesos que han marcado el nacimiento del mundo moderno. El caso Dreyfus es para mí el acta de nacimiento de la sociedad moderna de la opinión pública, de la comunicación y de la democracia de masas. El descubrimiento de los rayos X brinda la posibilidad de escrutar una nueva dimensión de la materia. En cuanto al cine, este se convierte en el símbolo de un poder casi mágico, el de crear una nueva realidad de lo imaginario y darle vida. Recuerdo que en Hannover las primeras salas de cine despertaban mi curiosidad y que de buena gana iba a ver las películas que se proyectaban.

—¿Qué películas, directores y actores recuerda?

—Entre los actores, recuerdo por ejemplo a Jean Marais, de quien hablo en mis diarios y a quien conocí junto a Jean Cocteau en París. Con él también mantuve una breve correspondencia. En aquel París reinaba una atmósfera totalmente particular: era un mundo en el que se respiraba la presencia del espíritu, de la cultura, pero sin la dureza, el rigor, las tensiones del alma alemana. Se daba la armonía de la conversación brillante y placentera que reconforta: el eros de la inteligencia.

—¿Tiene proyectados nuevos viajes?

—Siempre he amado viajar y hasta ahora no me he privado de esa costumbre. Cuando en 1986 pasó el cometa Halley —que yo había visto cuando era niño—, fui a Singapur, a Malasia y a Sumatra para volver a observarlo. A continuación viajé a las Seychelles, a las islas Mauricio y después a la isla de Samos. Pero ahora que he superado los 100 años no sé si con el tiempo que me queda emprenderé una vez más esa clase de aventuras. De todas maneras, sigo viajando por el mundo de la literatura y por ese pequeño cosmos que es mi jardín. A veces, en los días soleados, me entretengo haciendo pompas de jabón que el viento lleva entre las plantas y las flores. Son para mí una imagen simbólica de la fugacidad, de la inasible belleza.

CRONOLOGÍA
DE LA VIDA Y DE LAS OBRAS
DE ERNST JÜNGER

1895

Nace el 29 de marzo en Heidelberg. Es hijo de Ernst (1868-1943), químico, y de Karoline Lampl (1873-1950).

1907

La familia se traslada a Rehburg, en las cercanías de Hannover.

1913

En noviembre huye del hogar, y en Verdún se alista en la Legión Extranjera. Es destinado a Sidi Bel Abbes, en Argelia. Por intervención de su padre es licenciado seis semanas después.

1914

Ingresa en el Gildemeister-Institut de Hannover. Entre sus compañeros está Werner Scholem, hermano de Gershom.

1914-1918

Al estallar la Primera Guerra Mundial se alista en el ejército como voluntario y es destinado al 73° Regimiento de Fusileros «Prinz Albrecht von Preussen». Tras el periodo de adiestramiento, el 27 de diciembre de 1914 parte con su unidad hacia el frente de Champaña. Durante la contienda es herido siete veces. El 22 de septiembre de 1918 es condecorado con la «ordre pour le Mérite», máxima orden honorífica que rara vez se concede a los que carecen de grado militar.

1919-1922

Reside en Hannover y presta servicio en el ejército hasta el 31 de agosto de 1923.

En 1920, a sus expensas y con tirada de 2.000 ejemplares, publica sus diarios de guerra bajo el título *In Stahlgewittern. Aus dem Tagebuch eines Sturmtruppführers* (Tempestades de acero. Del diario de un comandante de tropas de asalto). La obra obtiene enseguida gran éxito y lo lleva a la fama. En 1922 vuelve a ser publicada por el editor Mittler de Berlín, que im-

prime también el ensayo *Der Kampf als inneres Erlebnis* (La lucha como experiencia interior), en el que Jünger analiza la experiencia de la guerra.

En 1921, bajo la influencia del expresionismo, escribe algunas composiciones poéticas que posteriormente destruye. Nos ha llegado la que dedicó a Alfred Kubin, quien la conservó *(Zu Kubins Bild: Der Mensch).*

1923-1926

El 26 de octubre de 1923 se matricula en la Universidad de Leipzig para estudiar Ciencias Naturales, especialmente Zoología. También sigue las lecciones de Filosofía del vitalista Hans Driesch y del filósofo y psicólogo Felix Krüger, en las que conoce a Hugo Fischer, con quien traba una estrecha amistad. Prosigue los estudios de Zoología y entre febrero y abril de 1925 se instala en Nápoles para trabajar en el acuario del Instituto Zoológico de Anton Dohrn. Interrumpirá sus estudios el 26 de mayo de 1926, para dedicarse por entero a la actividad de escritor.

Mientras tanto, en octubre de 1924 publica *Das Wäldchen 125* (El bosquecillo 125) y, a finales del año siguiente, *Feuer und Blut* (Fuego y sangre).

El 3 de agosto de 1925 contrae matrimonio en Leipzing con Gretha von Jeinsen, a la que había conocido en Hannover en el año 1923. El primero de mayo de 1926 nace su hijo Ernst.

1927-1933

El primero de julio de 1927 se traslada a Berlín, y allí permanece hasta octubre de 1933, fecha en la que se muda a Goslar. En 1927 los nacionalsocialistas le ofrecen un cargo en el Reichstag, que rehúsa.

En Berlín conoce a personajes muy heterogéneos, como Arnolt Bronnen, Joseph Goebbels, Friedrich Hielscher, Valeriu Marcu, Erich Mühsam, Ernst Niekisch (a quien en los diarios se refiere con el pseudónimo Cellarius), Ernst Rowohlt, Ernst von Salomon, Franz Schauwecker, Carl Schmitt, Otto Strasser y Ernst Toller.

Colabora en revistas literarias y políticas de la derecha nacionalista, especialmente en *Die Standarte*, *Arminius* y *Der Widerstand* (La Resistencia), órgano del nacional-bolchevismo que dirige Ernst Niekisch.

Trabaja en la redacción de *Das Abenteuerliche Herz* (El corazón aventurero), que aparece en 1929, y en la de *Der Arbeiter* (El trabajador), que aparecerá en el año 1932.

Hace varios viajes: en 1927 a Francia, en 1929 a Sicilia junto con su hermano Friedrich Georg, en 1931 a las islas Baleares y en 1932 a Dalmacia, nuevamente con su hermano.

En 1930 empieza su correspondencia con Carl Schmitt y con Heidegger.

El 9 de julio de 1933 recibe la invitación para ingresar en la Deutsche Akademie der Dichtung, pero rechaza la oferta. El mismo año rechaza un nuevo ofrecimiento de los nacionalsocialistas para ocupar un escaño parlamentario.

1934

Publica *Blätter und Steine* (Hojas y piedras), libro en el que reúne sus ensayos, entre ellos *Die Totale Mobilmachung* (La movilización total, 1930) y *Über den Schmerz* (Sobre el dolor, 1934).

Nace su segundo hijo, Alexander.

1935-1938

En el verano de 1935 hace un viaje de dos meses a Noruega junto con su amigo el filósofo Hugo Fischer y sus respectivas esposas. El año siguiente vuelve a viajar, a Brasil, las islas Canarias y Marruecos.

En 1936 publica *Afrikanische Spiele* (Juegos africanos), y en 1938 la reelaboración de *El corazón aventurero.*

En diciembre de 1936 se instala en Überlingen, a orillas del lago de Constanza.

En 1937 viaja a París, donde se encuentra con André Gide y Julien Green, entre otros.

En noviembre del mismo año visita en Zwickledt a Alfred Kubin, con el que mantiene contacto epistolar desde hace tiempo.

En 1938 hace un viaje a Rodas junto con su hermano Friedrich Georg.

1939-1944

En abril de 1939 se traslada a Kirchhorst, cerca de Hannover.

En 1939 termina su novela *Auf den Marmorklippen* (Sobre los acantilados de mármol), que aparece en otoño.

El 30 de agosto de 1939 es llamado a filas y, con el grado de capitán, enviado al frente occidental y posteriormente a París, donde es destinado al mando alemán en la ciudad ocupada y encargado de la Oficina de Censura. Se establece en el Hotel Majestic y tiene su despacho en el Raphaël.

En París se encuentra con Banine, Braque, Céline, Cocteau, Gaston Gallimard, Giraudoux, Frank Jay Gould, Sacha Guitry, Jouhandeau, Léautaud, Henry de Montherlant, Paul Morand, Paulhan y Picasso, entre otros.

Del año 1941 es la primera redacción del escrito *Der Friede* (La paz).

En 1942 publica sus diarios parisienses de los años 1939-1940, con el título *Gärten und Strassen* (Jardines y carreteras).

El 15 de octubre de 1942 es enviado en calidad de inspector al Ejército del Frente oriental, en el Cáucaso, donde permanece hasta mediados de enero de 1943.

En febrero de 1944 su hijo Ernst es arrestado y condenado por actividades de oposición al régimen. En consideración a su juventud, el tribunal militar cambia la pena por el reclutamiento forzado en una unidad de asalto, y lo envía al frente italiano. El 29 de noviembre cae en combate, en Carrara.

Tras el atentado del 20 de julio de 1944, el mando alemán de París es disuelto y Jünger regresa a Kirchhorst. En septiembre es licenciado del ejército.

1945-1949

El gobierno militar inglés de la zona alemana ocupada en que Jünger reside le prohíbe publicar (1945-1949). Su escrito acerca de *La paz* aparece en 1946, en el extranjero: primero en una traducción francesa en la revista *Synthèse,* de Bruselas, después en una nueva traducción francesa de Banine y a continuación el original alemán en Ámsterdam; por último, la traducción inglesa de Stuart Hood.

En 1948 se traslada a Ravensburg, cerca del lago de Constanza, donde permanece hasta 1950.

En 1949 se encuentra con Martin Heidegger y contribuye al volumen para el sexagésimo aniversario del filósofo con el ensayo *Über die Linie* (Sobre la línea), que aparece al año siguiente.

En 1949 publica sus diarios con el título de *Strahlungen* (Radiaciones) y la novela *Heliópolis.*

1950

Se traslada a Wilflingen, en la Alta Suabia, donde se queda definitivamente.

Primero se aloja en el castillo de los Stauffenberg, después en la hospedería colindante.

Con Albert Hofmann, descubridor del LSD, experimenta los efectos del nuevo alucinógeno, los cuales describe en *Annäherungen. Drogen und Rausch* (Acercamientos. Drogas y ebriedad).

1951-1961

En 1951 publica *Der Waldgang* (La emboscadura).

En 1952, *Besuch auf Godenholm* (Visita a Godenholm).

En 1953, *Der Gordische Knoten* (El nudo gordiano).

En 1954, *Das Sanduhrbuch* (El libro del reloj de arena).

En 1955, *Am Sarazenenturm* (En la torre sarracena). El mismo año recibe el premio literario de la ciudad de Bremen y el de la ciudad de Goslar.

En 1956 publica *Rivarol.*

En 1957, *Gläserne Bienen* (Abejas de cristal).

El 1958, *Jahre der Okkupation* (Años de ocupación) y *Mantrana.*

En 1959 funda con Mircea Eliade la revista *Antaios,* que dirigirá hasta 1971. En el volumen publicado con motivo del septuagésimo aniversario de Heidegger aparece una síntesis del nuevo ensayo *An der Zeitmauer* (Junto al muro del tiempo), que en breve se publica en versión completa.

En 1960 publica *Sgraffiti* (Esgrafiados) y *Der Weltstaat* (El Estado mundial).

Durante este periodo lleva a cabo otros viajes: en 1954 visita por primera vez Cerdeña, adonde regresa en 1957; en 1958 viaja a Estados Unidos; en 1959 a Grecia, Siria, Jordania y Líbano, y en 1961 a Francia.

En 1960 muere su esposa Gretha.

1962

Contrae matrimonio con Liselotte Bäuerle, viuda de Lohrer. Viaja a Egipto, Sudán, el Sinaí, Austria y España.

1963

Publica *Typus, Name, Gestalt* (Tipo, nombre, forma).

1964

Viaja a Grecia y a Noruega, a la isla de Spitsbergen. Publica notas y observaciones sobre *El trabajador* con el título de *Maxima-Minima.*

1965

Concluye la publicación de la primera edición de sus obras

completas *(Werke),* en diez volúmenes. Hace un crucero por Asia oriental.

1966-1968

Sigue viajando: a Córcega, Andorra, los Pirineos, la isla de Elba e Islandia. Desde 1967 viaja casi anualmente a París.

Ese mismo año publica sus observaciones y experiencias entomológicas en el volumen *Subtile Jagden* (Cazas sutiles).

Desde mediados de marzo hasta finales de mayo de 1968 es huésped de honor de la Deutsche Akademie de Villa Massimo, en Roma.

1969-1977

Vuelve a viajar a Marruecos, a Agadir (1969), a las islas Canarias (1970), a Creta y a Niza (1971), a Túnez y a Turquía (1972).

En 1969, con ocasión del octogésimo aniversario de Heidegger, le dedica *Federbälle.*

En 1970 publica *Annäherungen. Drogen und Rausch* (Acercamientos. Drogas y ebriedad). Recibe la medalla de oro de la fundación Freiherr von Stein.

En 1971 publica su correspondencia con Alfred Kubin.

En 1972, *Philemon und Baucis. Der Tod in der technischen und in der mythischen Welt* (Filemón y Baucis. La muerte en la civilización técnica y en la civilización mítica).

En 1973, *Die Zwille* (El tirachinas).

En 1974 recibe el premio Schiller de la región de Baden-Württemberg.

Viaja a Ceilán, a Djerba (1973), nuevamente a Agadir (1974 y 1975), a Liberia (1976), a Marruecos y a Sicilia (1977).

El 20 de julio de 1977 fallece en Überlingen su hermano Friedrich Georg.

1978

Se pone en marcha la nueva edición de sus obras completas *(Sämtliche Werke),* publicada por el editor Klett-Cotta de Stuttgart en 18 volúmenes.

Nuevos viajes: a Malta, a la isla de San Pedro, a Aviñón y a Niza.

Visita a su viejo amigo Carl Schmitt en Plettenberg.

1979

Viaja a Liberia, a Grecia y a París.

Recibe la Médaille de la Paix de la ciudad de Verdún.

1980-1981

En 1980 vuelve una vez más a Grecia, y el año siguiente visita Singapur y Rodas.

En 1980 publica una primera serie de diarios de la vejez, *Siebzig verweht* (Pasados los sesenta), que incluyen el periodo comprendido entre 1970 y 1975; en 1981 publica una segunda serie, desde 1976 hasta 1980.

1982

Recibe el premio Goethe de la ciudad de Fráncfort.

Jorge Luis Borges lo visita en Wilflingen.

Viaja a Dalmacia.

1983

Finaliza la segunda edición de sus obras completas.

Publica la novela *Aladins Problem* (El problema de Aladino).

Alberto Moravia lo visita en Wilflingen.

Viaja de nuevo a Portugal.

1984

Visita la isla de Santorini y después pasa una temporada en Berlín.

Invitado por François Mitterrand y Helmut Kohl, toma parte en los festejos de Verdún por la reconciliación

franco-alemana, donde pronuncia un discurso oficial. Es invitado a París por el Senado, para entregar a un veterano francés de la Primera Guerra Mundial la Médaille Robert Schuhmann Fraternité Combattante.

Publica *Autor und Autorschaft* (El autor y la escritura).

1985

Recibe la Gran Cruz de la Orden del Mérito, con estrella y banda, de la República Federal de Alemania.

La región de Baden-Württemberg crea el premio Ernst Jünger de entomología.

Publica *Eine gefährliche Begegnung* (Un encuentro peligroso).

El presidente francés Mitterrand y el canciller alemán Kohl lo visitan en Wilflingen.

Viaja a Chipre y a París.

1986

Sigue viajando: Malasia, Sumatra y el cantón del Tesino (Suiza).

En Múnich le otorgan la Bayerischer Maximiliansorden de las artes y las ciencias.

Recibe en Palermo el premio Mediterráneo.

1987

Hace un viaje a Samos.

Publica *Zwei Mal Halley* (Dos veces el cometa).

En Roma, en el palacio del Quirinal, el presidente Francesco Cossiga le otorga el premio Tevere.

1988

El 22 de enero acude a París junto con el canciller Kohl para participar en la celebración del vigésimo quinto aniversario del acuerdo franco-alemán.

Entre abril y mayo viaja a las Seychelles.

1989

El 19 de octubre, en Bilbao, recibe el doctorado *honoris causa* por la Universidad del País Vasco.

Estancia en Madrid.

Viaja a las islas Mauricio.

1990

El presidente del gobierno español, Felipe González, le visita en Wilflingen.

Recibe el premio de las Artes de la Alta Suabia.

Publica *Die Schere* (La tijera) y *Zeitsprünge* (Saltos en el tiempo).

Visita la cueva de Lascaux; viaja después a Toulouse, a Montpellier y por último a París. Hace otros dos viajes a Suiza y Creta.

1991-1992

Viajes a Nîmes y, en la Alemania excomunista, a Dresde y a Meissen.

1993

En abril es huésped de Mitterrand en el palacio del Elíseo.

Es nombrado *membre d'honneur* de la Société des études bloyennes.

El 20 de julio Mitterrand y Kohl le visitan en Wilflingen.

Su hijo Alexander, que sufre una parálisis parcial, se quita la vida.

En la Bienal de Venecia se le otorga el Gran Premio Punti Cardinali dell'Arte. Escribe el prefacio para el catálogo del evento, que también publica *Die Zeit* el 16 de julio bajo el título *Gestaltwandel* (Metamorfosis).

A consecuencia de la picadura de una garrapata es ingresado en el hospital.

Publica la tercera serie de *Siebzig verweht,* que abarca el periodo 1980-1985.

1994

Estancia en Überlingen para la redacción definitiva de la cuarta serie de *Siebzig verweht,* que abarca los diarios escritos entre 1986 y 1990; se dirige después a Bregenz, a Múnich y al cantón del Tesino.

1995

Para su centésimo cumpleaños tienen lugar varios festejos y demostraciones de estima.

Se publica el cuarto volumen de *Siebzig verweht.*

1996

A principios de verano pasa un par de semanas en España, en El Escorial, donde el 4 de julio recibe el doctorado *honoris causa* por la Universidad Complutense de Madrid, y donde se celebra un seminario internacional sobre su obra y su pensamiento.

1997

En septiembre aparece el quinto volumen de *Siebzig verweht,* que comprende los diarios de 1991 a 1995.

1998

El 17 de febrero, faltándole poco más de un mes para cumplir los 103 años, muere en Wilflingen.

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos, en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

PÁGINA INDÓMITA

Textos de todos los géneros, épocas y culturas que nos aportan claves para comprender el pasado y el presente. Pensadores que han cultivado el saber libre, al margen de jerarquías e imposiciones dogmáticas.

Títulos publicados:

Joseph Alois Schumpeter
Capitalismo, socialismo y democracia. Vol. I
Prólogo de Joseph E. Stiglitz

John Maynard Keynes
Política y futuro. Ensayos escogidos
Edición de Elizabeth Johnson y Donald Moggridge

Alexis de Tocqueville
Igualdad social y libertad política. Antología esencial
Edición de Pierre Gibert
Prólogo de María José Villaverde

Joseph Alois Schumpeter
Capitalismo, socialismo y democracia. Vol. II

Raymond Aron
Introducción a la filosofía política. Democracia y revolución
Edición, prólogo y notas de Jean-Claude Casanova

Antonio Escohotado
Frente al miedo
Edición de Guillermo Herranz

Los titanes venideros es el testamento intelectual de Ernst Jünger, escritor, soldado en las dos grandes guerras, viajero, psiconauta, hombre de ciencia y uno de los pensadores más lúcidos y polémicos de nuestro tiempo.

El volumen recoge la serie de entrevistas realizadas por el periodista A. Gnoli y el filósofo F. Volpi en 1995, tres años antes de la muerte de Jünger, en las que el autor no solo analiza los episodios fundamentales del siglo XX y retrata a las figuras que han marcado la cultura y el pensamiento, sino que también arroja luz sobre nuestro presente —«un momento de transición nebuloso», dominado por la técnica y el nihilismo que la acompaña— y vislumbra los nuevos mitos e ideales en el horizonte: «los titanes venideros».

«[Jünger ofrece] tal vez el mejor ejemplo, y el más transparente, de resistencia individual, de las inmensas dificultades a que se expone un individuo cuando quiere conservar intactos sus valores y su concepto de la verdad en un mundo en que verdad y moral han perdido toda expresión reconocible.» Hannah Arendt

«Los dos éramos emboscados, tanto en el sentido real como en el figurado. Preferíamos el bosque a la ciudad, nos retiramos de la vida urbana a vivir en medio de la naturaleza. Pero también en un sentido metafórico nos hicimos selváticos, nos convertimos en rebeldes, en anarcas, como a él le gustaba decir.» Albert Hofmann

«Un majestuoso himno a la dignidad humana. Desde las antípodas del ánimo patético y el victimismo, Jünger nos recuerda que el tema de nuestra vida sigue siendo resistir a la opresión, sean cualesquiera sus formas, y que de mantener dicha resistencia se derivan innumerables alegrías y cumplimientos. [...] Una voz inigualablemente libre que entronca con la gran tradición espiritual de Occidente y Oriente.» Antonio Escohotado

paginaindomita.com

ACCESO ABIERTO